Victor Hugo

Angelo, Tirano de Padua



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Angelo, tirano de Padua

Victor Hugo

Publicado: 1835
Fuente: books.google.es
Traducción: Anónimo
Edición original: Madrid, Imprenta de Repullés, 1835

PREFACIO

En el estado que hoy tienen todas esas cuestiones profundas, que se rozan con las raíces mismas de la sociedad, tiempo hace que ocurrió al autor de este drama, que no dejaría de haber utilidad y grandeza en desarrollar en el teatro alguna cosa parecida a la idea siguiente:

Poner frente a frente en una acción nacida toda del alma, dos graves y dolorosas figuras, la mujer dentro de la sociedad, y la mujer fuera de la sociedad, esto es, en dos tipos vivos todas las mujeres, toda la mujer. Presentar estas dos mujeres, que son un resumen de todas; muchas veces generosas, desdichadas siempre. Defender a la una contra el despotismo, a la otra contra el menosprecio. Enseñar a qué pruebas resiste la virtud de la una, con qué lágrimas se borra la mancha de la otra. Echar la culpa al autor de la culpa, es decir, al hombre, que es fuerte, y a ciertas ideas sociales que son absurdas. Hacer que en estas dos almas escogidas triunfe la piedad de la hija de los resentimientos de la mujer, el amor de una madre del amor de un amante, la generosidad del odio, el deber de la pasión. Delante de dos mujeres de este temple, colocar a dos hombres, el marido y el amante, el soberano y el proscrito, y compendiar en ellos por diversos incidentes todas las relaciones regulares e irregulares que el hombre puede tener con la mujer por una parte, y con la sociedad por otra. Y luego, al pie de este grupo que goza, que posee y que padece, unas veces sombrío, otras resplandeciente, no olvidar al envidioso, a ese testigo fatal que se encuentra en todas partes, que la Providencia pone en acecho en el último escalón de todas las sociedades, de todas las jerarquías, de todas las prosperidades, de todas las pasiones humanas; enemigo eterno de cuanto ocupa un puesto alto, cambiando

de forma según el tiempo y el lugar; pero en la esencia siempre el mismo, espía en Venecia, eunuco en Constantinopla, disfamador en París. Colocar, pues, como la Providencia le coloca, en la sombra, rechinando los dientes al menor asomo de la dicha ajena, a ese miserable, inteligente y corrompido, que solo puede hacer daño, porque todas las puertas cerradas a su amor, están abiertas a su venganza. Y por último, encima de estos tres hombres, entre estas dos mujeres, poner como un lazo, como un símbolo, como un intercesor, como un consejero al Dios muerto en la cruz. Clavar todo este padecimiento humano detrás del crucifijo.

Y supuestos tales antecedentes, hacer un drama ni tan cierto y real que el mucho tamaño de las proporciones destruyera la posibilidad de la aplicación; ni tan de la vida común, que la pequeñez de los personajes perjudicara a la amplitud de la idea; sino heroico y doméstico; heroico porque el drama debe ser grande; doméstico porque el drama debe ser verdadero. Mezclar en esta composición, para satisfacer esa necesidad del ánimo que quiere siempre encontrar lo pasado en lo presente, y lo presente en lo pasado, el elemento humano, el elemento social, con un elemento histórico. Pintar, de camino, con motivo de esta idea, no solo el hombre y la mujer, no solo estas dos mujeres y estos tres hombres, sino todo un siglo, todo un clima, toda una civilización, todo un pueblo. Tejer sobre este pensamiento, según los datos especiales de la historia, un suceso de tal modo sencillo y verdadero, tan animado, tan palpitante, tan efectivamente positivo, que a la vista del pueblo pudiera ocultarse el objeto de la idea, lo propio que la carne oculta los huesos.

Esto es lo que el autor del drama ha querido hacer. No tiene más que un sentimiento, y es que esta idea no haya ocurrido a otra persona más capaz.

Pero ya que el buen éxito obtenido se debe sin duda a este pensamiento, y ya que ha sido superior a todas sus esperanzas, el autor conoce la necesidad de explicar completamente su idea al gentío que se agolpa todos los días a ver su drama; imponiéndole con tanta curiosidad una responsabilidad muy estrecha.

Nunca estará de más el repetir, que cuantos se han dedicado a meditar sobre las necesidades de la sociedad, a las cuales deben corresponder siempre las tentativas del arte, opinan hoy, más que nunca, que el teatro es un lugar de enseñanza. El drama, tal como el autor de esta obra querría hacerle, y tal

como podría hacerlo un ingenio superior, debe dar a la muchedumbre una filosofía, a las ideas una fórmula, a la poesía músculos, sangre y vida, a los que piensan una explicación desinteresada, a las almas sedientas un refrigerio, a las llagas secretas un bálsamo, a cada cual un consejo, a todos una ley.

Y no es menester decir que las condiciones del arte deben ser atendidas antes que todo, y satisfechas por entero. La curiosidad, el interés, la distracción, la risa, las lágrimas, la observación perpetua de cuanto pertenece a la naturaleza, la envuelta maravillosa del estilo, todo esto debe tenerlo el drama, sin lo cual no sería drama; mas para ser completo, es menester también que aspire decididamente a agradar, así como aspira decididamente a instruir. Dejémonos embelesar por el drama; pero que lleve dentro de sí alguna lección, que sea fácil de percibir siempre que se quiera disecar esta bella cosa viva, tan hechicera, tan poética, tan apasionada, tan magníficamente vestida de tisú de seda y de terciopelo. Dentro del drama más bello debe haber siempre una idea severa, lo mismo que dentro de la mujer más hermosa hay un esqueleto.

El autor, como ya se deja ver, no quiere eximirse de ninguno de los deberes austeros del poeta dramático. Tal vez se decida más adelante a intentar, en una obra especial, la explicación por menor de lo que ha querido hacer en cada uno de los dramas que lleva compuestos en estos últimos siete años. A la vista de una tarea tan inmensa, como es el teatro en el siglo XIX, no se le oculta su honda insuficiencia; pero no por eso se retraerá de perseverar en la obra que ha comenzado. Y por mezquina que sea, ¿cómo retrocedería cuando se ve estimulado por el apoyo de los talentos de primer orden, por el aplauso de un concurso numeroso, por la noble simpatía de cuantos hombres eminentes disfrutan en los dominios de la crítica de un voto respetado? Proseguirá, pues, con firmeza; y en cualquiera ocasión que crea necesario manifestar a todos, en sus más pequeños incidentes, una idea útil, una idea social, una idea humana, pondrá el teatro encima de ella, como un vidrio de aumento.

En el siglo que vivimos el horizonte del arte se ha ensanchado mucho. En otro tiempo el poeta decía: el público: hoy dice el poeta: el pueblo.

A 7 de mayo de 1835.

PERSONAJES

- Angelo Malipieri, podestá.
- Catalina Bragadini.
- La Tisbe.
- Rodolfo.
- Homodei.
- Anafesto Galeofa.
- Reginela.
- Dafne.
- Un paje negro.
- Dos celadores de noche.
- Un alguacil.
- El deán de San Antonio de Padua.
- El arcipreste.

Padua, 1549. Siendo dux Francisco Donato.

JORNADA PRIMERA. LA LLAVE

Personajes: Angelo Malipieri, la Tisbe, Rodolfo, Homodei, Anafesto Galeofa.

Un jardín iluminado para una función de noche. A la derecha un palacio iluminado, donde suene una orquesta, con puerta al jardín y con una galería donde se verá andar los concurrentes a la función. Junto a la puerta un banco de piedra. A la izquierda otro banco, y en él un hombre dormido. En el fondo, por encima de los árboles, se descubre el perfil de Padua. Al fin del acto amanece.

ESCENA PRIMERA

La Tisbe, con rico traje de función. Angelo Malipieri, con chupa ducal y estola de oro. Homodei, dormido, con túnica de lana parda, cerrada por delante, calzones encarnados, y una guitarra a su lado.

LA TISBE.—Sí, monseñor, sois el magnífico podestá, el dueño absoluto de Padua, el que con pleno y libre poderío dispone de la vida o de la muerte. Sois el enviado de Venecia; y en donde quiera que os presentáis, allí parece que está la faz y la majestad de la república. Si pasáis por una calle, monseñor, ciérranse los balcones y ventanas; los que transitan por ella hu-

yen unos de otros, y todo tiembla dentro de las casas. Los pobres paduanos, cuando se ven delante de vos, tienen la misma serenidad y valor que los habitantes de Constantinopla en presencia del gran turco. Ni más, ni menos. En Brescia, donde yo he estado también, es muy diferente. Seguro es que Venecia tratase a Brescia como trata a Padua. Brescia sabría volver por sí; porque cuando Venecia alza el brazo para herir, Brescia muerde, y Padua lame la mano. Es mucha vergüenza esto. Pero aunque seáis el amo y señor de toda la ciudad, y además con pretensiones de serlo también mío, habéis de saber, monseñor, que quiero deciros la verdad muy clara. No os asustéis: no voy a hablar de asuntos del Estado, sino de los vuestros. Porque, dígolo otra vez, sois un hombre tan particular que no hay quien os comprenda, ni yo entiendo cómo podáis estar enamorado de mí, y tener celos de vuestra mujer.

ANGELO.—También tengo celos de vos, señora.

LA TISBE.—No es menester que lo digáis; y eso que ignoro cuáles sean vuestros derechos para mandar en mí. Aquí me tienen todos por dama vuestra; por mujer que todo lo puede con vos; pero ya sabéis que esto no es cierto.

ANGELO.—Magnífica ha estado la función.

LA TISBE.—Ya se ve, como soy una pobre cómica de teatro se me permite que dé saraos a los senadores y que procure divertir a nuestro dueño, aunque por hoy no puedo decir que lo haya logrado. Más mustia tenéis la cara que negra es mi careta. Las luces de la función se cuentan a cientos; pero nada basta a disipar la sombra de vuestro rostro. Deberíais pagar con vuestra alegría mi esmero en distraeros y recrearos. Vamos, monseñor, reíos un poco.

ANGELO.—Sí, ya me río.—¿No me dijisteis que era hermano vuestro ese joven que ha venido con vos a Padua?

LA TISBE.—Mucho que sí. ¿Y qué tenemos?

ANGELO.—Ya vi que le hablasteis ahora poco. ¿Y quién era el otro que le acompañaba?

LA TISBE.—Un amigo suyo; un vicentino llamado Anafesto Galeofa.

ANGELO.—Y vuestro hermano, ¿cómo se llama?

LA TISBE.—Rodolfo, monseñor, Rodolfo. Más de cien veces os lo tengo ya dicho. ¿Y es esta toda la agradable conversación que guardáis para mí?

ANGELO.—Perdonad, Tisbe; no volveré a haceros más preguntas. Ayer hicisteis de un modo admirable el papel de Rosmonda. Sabed que este pueblo debe darse por feliz en teneros en su teatro, y que toda la Italia, al admirar vuestros talentos, envidia a estos mismos paduanos que os causan tanta compasión. ¡Ay, Tisbe! los aplausos que os tributan son amargos para mí, porque me abrasan los celos cuando pienso que son tantos los ojos que gozan de vuestra hermosura. Y decidme, Tisbe, ¿quién era aquel máscara que os habló esta noche entre las dos puertas?

LA TISBE.—Perdonad, Tisbe; no volveré a haceros más preguntas.—Bien se cumple. Ese hombre, monseñor, era Virgilio Tasca.

ANGELO.—¿Mi teniente?

LA TISBE.—Vuestro esbirro o alguacil.

ANGELO.—¿Y qué queríais con él?

LA TISBE.—No fabricaríais malos castillos en el aire si a mí se me antojara no decíroslo.

ANGELO.—¡Tisbe…!

LA TISBE.—No incomodarse, que yo soy franca y contaré toda la historia. ¿Sabéis quién soy yo? una nada, una mujer de la plebe, una cómica, una cosa que hoy acariciáis y mañana despreciaréis, una pura comedia. Pero así, tan poco como soy, tuve una madre. ¿Sabéis lo que es tener una madre? ¿la habéis tenido vos? ¡sabéis lo que es ser una criatura tierna, pobre, débil, desnuda, miserable, hambrienta, sin ningún arrimo en el mundo, y conocer y sentir que tenéis cerca de vos, a vuestro lado, en donde quiera que estéis, andando, si andáis; parándose, si os paráis; sonriendo, si lloráis, una mujer… no, hasta ahora nadie sabe si es mujer, porque es un ángel quien os enseña a hablar, a reír, a amar también; quien calienta vuestros dedos entre sus manos, vuestro cuerpo en su regazo, vuestra alma en su corazón; quien os da su leche cuando sois pequeñuelo, su pan cuando estáis crecido, y su vida siempre: a quien decís, ¡madre mía! y quien os responde, ¡hijo mío! de un modo tan dulce, que el cielo mismo se regocija de escuchar ambas palabras! Pues bien, yo tenía una madre así. Era una pobre mujer, sin marido, que cantaba canciones morlacas en las plazas públicas de Brescia. Yo la acom-

pañaba; nos daban algunas monedas, y estos fueron los principios de mi vida. Donde mi madre se paraba siempre era al pie de la estatua de Gatta-Melata. Un día parece que cantaba una copla, cuyo sentido no comprendía, ni ciertos versos que parece eran ofensivos a la señoría de Venecia, y que arrancaban grandes risotadas a los criados de un embajador que nos estaban escuchando. Un senador que pasaba por allí miró, oyó, y dijo a un capitán que le acompañaba: «Esa mujer a la horca». Estas cosas se hacen muy pronto en Venecia. Al instante echaron mano a mi pobre madre: no habló ni una sola palabra: ¿de qué le hubiera servido? Me cogió en sus brazos; me besó, mojándome la cara con sus lágrimas; tomó su crucifijo, y se dejó maniatar. Me parece que estoy viendo ahora el crucifijo: de cobre muy lindo. Al pie de la cruz está mi nombre, Tisbe, toscamente puesto con la punta de una navaja. Diez y seis años tenía yo entonces, y veía a aquellos hombres maniatar a mi madre, sin poder hablar, ni gritar, ni llorar, inmóvil, helada, muerta como en un sueño. Cuantos estaban allí callaban también. Pero el senador llevaba de la mano a una niña, sin duda su hija, que se compadeció mucho de nosotras. ¡Una niña hermosísima, monseñor! ¡Angelito! Se abrazó a las rodillas del senador, lloró tanto y con tanto calor, con tan bellos ojos, que alcanzó el perdón de mi madre. Sí, monseñor, lo alcanzó. Cuando mi madre se vio suelta, tomó su crucifijo y se lo dio a la hermosa niña, diciendo: «Señorita, guardad este crucifijo y no seréis desdichada». Pasado esto, mi madre se murió; ¡santa mujer! yo me he hecho rica, y quisiera ver otra vez a esa criatura, a ese ángel que salvó a mi madre. ¿Quién sabe? ya será una mujer, y por lo tanto desgraciada. Tal vez la pudiera yo servir ahora. A cualquiera pueblo donde llego busco al esbirro, al alguacil, a los hombres de la policía; les refiero el caso, y al que me encuentre a esta mujer que busco ofrezco darle diez mil cequíes de oro. Aquí tenéis el motivo que me hizo hablar entre las dos puertas a vuestro alguacil Virgilio Tasca. ¿Queréis saber más?

ANGELO.—¡Diez mil cequíes de oro! ¿Y qué daríais a esa mujer misma si llegaseis a encontrarla?

LA TISBE.—Mi vida si la quiere.

ANGELO.—¿Pero cómo podréis conocerla?

LA TISBE.—Por el crucifijo de mi madre.

ANGELO.—¡Toma! lo habrá perdido.

LA TISBE.—No por cierto. Nadie pierde lo que gana de esa manera.

ANGELO.—*(Reparando en Homodei.)* ¡Señora! ¡Señora! ahí está un hombre. ¿Sabéis que hay un hombre ahí? ¿Qué hombre es ese? ¿Quién es?

LA TISBE.—*(Riendo a carcajadas.)* Vaya, vaya; mucho que lo sé. Hay un hombre, y por más señas que está durmiendo y con muy buen sueño. ¿Iréis ya a concebir sospechas? Es mi pobre Homodei.

ANGELO.—¡Homodei! ¿Y quién es ese Homodei?

LA TISBE.—Este Homodei es un hombre, monseñor, como yo, yo la Tisbe, soy una mujer. Homodei es un maestro de guitarra que el señor primiciero de San Marcos, muy amigo mío, me envió poco ha con una carta que os enseñaré, celoso de Satanás; y no venía sola, porque la acompañaba un regalo.

ANGELO.—¿Cómo es eso?

LA TISBE.—Toma, un verdadero regalo veneciano, una caja cuyo contenido se reduce a dos pomitos, uno blanco y otro negro. En el blanco hay un narcótico muy activo que hace dormir sobre doce horas con un sueño muy parecido a la muerte; y en el negro hay veneno, de ese temible veneno que Malaspina dio al papa en una píldora de acibar, como ya sabéis. El señor primiciero me dice que esto puede servir en un lance: vamos, una galantería, como podéis conocer. Y concluye su carta previniéndome que el portador del regalo es un tonto incapaz de sacramentos. Quince días hace que se halla aquí; y bien pudierais haberlo visto, porque come en mi casa, duerme donde le viene más a mano, y anda tocando y cantando hasta que se vaya a Vicencio. Ahora vino de Venecia. Así anduvo también mi pobre madre, de pueblo en pueblo. Estará conmigo todo el tiempo que quiera. Esta noche ha entretenido algunos ratos a nuestros convidados; pero sin duda no debe gustarle mucho la fiesta cuando se ha dormido. Buena prueba de que es tonto.

ANGELO.—¿Me respondéis de este hombre?

LA TISBE.—Vamos, ¿queréis burlaros? Bravo motivo para ese sobresalto. Un maestrillo de guitarra, un idiota, un hombre dormido. Dejemos eso, y decidme por Dios, señor podestá, qué tenéis o qué os inquieta. No parece sino que vuestras ocupaciones se reducen todas a estar siempre preguntando quién es este, quién es aquel. De todos sospecháis. ¿Tenéis celos, o tenéis miedo?

ANGELO.—Ambas cosas.

LA TISBE.—Celos, ya lo entiendo. ¡Como que habéis tomado a vuestro cargo el celar a dos mujeres! Pero ¡miedo! ¡vos, que sois el señor en este pueblo, vos, a quien por el contrario todos temen!

ANGELO.—Esa es la primera razón para temblar. *(Acercándose a ella, y hablando bajo.)* Oíd, Tisbe. Es verdad, acabáis de decirlo; mi poder no tiene límites aquí: soy señor, déspota y soberano de esta ciudad: soy el podestá enviado por Venecia a Padua; la garra del tigre para el cordero. Sí, muy poderoso; pero en medio de mi poder absoluto, sabedlo, Tisbe, hay sobre mí una cosa grande, terrible, llena de tinieblas: hay Venecia. ¿Y sabéis lo que es Venecia, pobre Tisbe? ¡Venecia es, voy a decíroslo, la inquisición de estado, el consejo de los Diez! ¡Ay! ¡el consejo de los Diez! Hablemos bajo, Tisbe, porque quizá nos está escuchando aquí. Hombres que ninguno de nosotros conoce, y de quienes somos conocidos todos nosotros; hombres que no se ven en ninguna ceremonia, y que están visibles en todos los patíbulos; hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mía, la del dux, y que no tienen ni toga, ni corona, ni estola, ni nada que los designe a la vista, nada por donde podáis decir *¡este es uno de ellos!* Un signo misterioso debajo de sus trajes, cuando más, y agentes en todas partes, y esbirros en todas partes, y en todas partes verdugos: hombres que no dejan ver nunca al pueblo de Venecia más rostros que esas melancólicas bocas de bronce, siempre abiertas debajo de los pórticos de San Marcos; bocas fatales, que al pueblo le parecen mudas, y que sin embargo hablan de un modo muy recio y muy terrible, porque dicen a cualquiera que pasa: *denunciad*. Hecha la denuncia, la prisión es su consecuencia: preso un hombre, no hay más que decir. En Venecia todo se hace con secreto, con misterio, con seguridad. Sentenciar y ejecutar la sentencia es una cosa misma: nada hay que ver, nada hay que decir; ni hay grito posible, ni mirada útil: la víctima lleva una mordaza, y el verdugo una careta. ¿Os dije que había patíbulos? Me equivoqué. En Venecia no se muere en el cadalso; se desaparece. Falta un hombre de pronto del seno de su familia. ¿Qué se ha hecho de él? Los plomos, los pozos, el canal Orfano lo saben. Suele oírse de noche que arrojan algo al agua: si pasáis por allí apretad el paso. Prescindiendo de esto, bailes, festines, iluminaciones, músicas, góndolas, teatros, carnaval de cinco meses; esta es Venecia. Vos, Tisbe, cómica bellísima, la conocéis por este lado: yo, que soy senador, la conozco por el otro. Sabedlo, en todos los palacios, en el del

dux, en el mío, sin noticia ni conocimiento del que le habita, hay un callejón secreto, traidor perpetuo de todas las salas, de todos los gabinetes, de todos los dormitorios: un corredor tenebroso, cuyas puertas no son sabidas de vos, sino de otros, y por donde se oyen pisadas sin poder atinarse con el punto fijo donde suenan: una mina misteriosa, donde entran y salen a cada paso hombres desconocidos, pero que llevan algún objeto. ¡Y las venganzas personales que juegan en todo esto, y que se satisfacen en las tinieblas! Durante la noche me incorporo en mi lecho, aplico el oído, y distingo pasos por las paredes. Aquí tenéis la congoja en que vivo. Yo mando en Padua; pero todo esto manda en mí. Sujetar a Padua es mi encargo; y mis instrucciones ser inexorable, terrible. No puedo ser déspota sino bajo la condición de ser tirano. Jamás me pidáis favor, ni indulto para nadie: no hay cosa que yo pudiera negaros; pero me perderíais. Nada me está prohibido para castigar: para perdonar, todo. Esta es mi suerte; tirano de Padua, y esclavo de Venecia. Grande será la vigilancia que se ejerza conmigo; no lo dudéis: ¡ah! ¡el consejo de los Diez! Poned a un cerrajero en una cueva, y mandadle hacer una cerradura; aun no la habrá concluido, y ya tendrá la llave en su bolsillo el consejo de los Diez. ¡Señora! ¡Señora! El criado que me sirve, me espía; el amigo que me saluda, me espía; el clérigo que me confiesa, me espía; la mujer a quien digo yo te amo, sí, Tisbe, me espía también.

LA TISBE.—Señor, ¿qué decís?

ANGELO.—No hablo de vos, Tisbe; jamás me habéis dicho que me amáis, lo repito: ¡cuanto me mira, es un ojo del consejo de los Diez; cuanto me oye, es un oído del consejo de los Diez; cuanto me toca, es una mano del consejo de los Diez! ¡Mano tremenda, que comienza por tentarme muy de quedo, y acaba por arrebatarme súbitamente! Yo, el magnífico podestá de Padua, no tengo la menor seguridad de que mañana no se presente de pronto en mi cuarto un miserable esbirro que me mande seguirle; y aunque no sea más que un miserable esbirro, es seguro que tendré que seguirle: ¿y adónde? a algún subterráneo, de donde él saldrá sin mí. Señora, ser de Venecia es pender de un cabello. No hay suerte más triste ni más amarga que la mía: estoy asomado a un horno ardiendo que se llama Padua, la cara cubierta siempre con una máscara, representando mi papel de tirano, rodeado de peligros, de precauciones, de terrores; temiendo a cada instante un estallido, y temblando a cada momento de verme muerto por mis propias ma-

nos, como el alquimista por su veneno. Compadecedme, señora, y no me volváis a preguntar por qué tiemblo.

LA TISBE.—En efecto, es muy espantosa vuestra situación.

ANGELO.—Sí señora; soy el potro con que un pueblo da tormento a otro pueblo. Estos instrumentos se gastan muy pronto, y se rompen más a menudo. ¡Soy muy desdichado, Tisbe! Para mí no hay más que una cosa agradable en el mundo, y esa sois vos; y con todo conozco que no me amáis. ¿Será cierto que tampoco amáis a otro?

LA TISBE.—No, no; tranquilizaos.

ANGELO.—¡Me decís ese *no* con tanta frialdad!

LA TISBE.—Dígolo como puedo decirlo.

ANGELO.—No seáis mía si no queréis; pero no lo seáis de otro, Tisbe. Que nunca llegue yo a saber que otro…

LA TISBE.—¿Si creeréis que estáis muy amable cuando me miráis de esa manera?

ANGELO.—Pero Tisbe, ¿cuándo me amaréis?

LA TISBE.—Cuando os amen aquí todos.

ANGELO.—Está bien; pero quedaos en Padua: no quiero que os marchéis. ¿Lo oís? Si faltaseis de aquí me faltaría la vida. Alguien veo que se acerca a nosotros. Ya hace tiempo que estamos hablando, y puede haberse reparado y dar también sospechas a Venecia. Me marcho. *(Deteniéndose y señalando a Homodei.)* ¿Con que me respondéis de este hombre?

LA TISBE.—Como de un niño que estuviese durmiendo.

ANGELO.—Vuestro hermano es el que llega. Quedaos con él.

Escena II

La Tisbe. Rodolfo, con traje serio negro y pluma negra en el sombrero. Homodei, que continúa durmiendo.

LA TISBE.—¡Ah! ¡es Rodolfo! ¡Rodolfo! A ti sí que te amo. *(Volviéndose al lado por donde salió Angelo.)* No a ti, mentecato tirano. No es mi hermano, es mi amante. Ven, Rodolfo, mi valiente soldado, mi noble proscripto, mi hombre generoso: mírame de frente. ¡Qué hermoso eres! ¡cómo te amo!

RODOLFO.—Tisbe…

LA TISBE.—¿Por qué quisiste venir a Padua? Ya lo ves, nos han quitado la libertad. Ya no podemos salir de este pueblo… y en tu situación tienes que estar pasando por hermano mío. El podestá se ha enamorado de tu pobre Tisbe: nos tiene presos, y no quieren soltarnos. Y yo siempre temblando no llegue a descubrir lo que eres. ¡Qué suplicio! Pero no importa: nada conseguirá de mí ese tirano. Tú lo crees así, ¿no es verdad, Rodolfo? Pero quiero también que esto te agite; quiero que tengas celos, que estés celoso de mí.

RODOLFO.—¡Mujer generosa y bella!

LA TISBE.—Lo que es yo tengo muchos celos de ti, muchísimos celos. ¡Y ese Angelo Malipieri, que se atrevía a hablarme de celos! ¡Él que se piensa que está celoso! ¡Ese hombre que habla al mismo tiempo de tantas cosas! Señor podestá, cuando se tienen celos, no se ve a Venecia, ni se ve al consejo de los Diez, ni a los esbirros, ni a los espías, ni al canal de Orfano; ni hay ojos más que para una cosa, para los celos. Mira, Rodolfo, yo no podría sufrir que hablases a una mujer: hablarla solamente me desesperaría. ¿Qué derecho tiene ninguna a tus palabras? ¡Ah! ¡Una rival yo! No me des nunca una rival: la mataría. Óyeme: yo te amo; tú eres el único hombre que he amado. Mi vida hasta aquí estaba apagada: ahora arde como un fuego. Tú eres mi luz y mi lumbre. Tu amor es el sol que vivifica mi existencia. Los demás hombres me ponen de hielo. ¿Por qué no te conocí diez años ha? Paréceme que yo tendría vivas todas las partes de mi corazón que el frío del

desamor ha amortiguado. ¡Qué dicha la de poder estar solos y hablarnos un instante! ¡Qué locura el haber venido a Padua! ¡Con qué zozobra vivimos, Rodolfo mío! Tan pronto eres mi amante como mi hermano. Cuando logro hablarte con esta libertad, me muero de alegría. ¿No ves qué loca estoy? ¿me amas?

RODOLFO.—¿Quién no os amaría, Tisbe?

LA TISBE.—¡Si me hablas con tanto cumplimiento me enfado! Pero ¡ay Dios! Es preciso ir un poco a atender a mis convidados. Dime, ya hace días que me parece estás triste. ¿Es verdad que no lo estás?

RODOLFO.—No, Tisbe.

LA TISBE.—¿Tienes alguna pena?

RODOLFO.—Ninguna.

LA TISBE.—¿Tienes celos?

RODOLFO.—No.

LA TISBE.—Pues yo quiero que los tengas, o de lo contrario no me querrás. Vamos, nada de tristeza. Pero yo siempre vivo con agitación; ¿no tienes ningún disgusto? ¿hay aquí alguien que sepa que no eres mi hermano?

RODOLFO.—Anafesto, y nadie más.

LA TISBE.—Tu amigo. Con ese no hay cuidado. *(Sale Anafesto Galeofa.)* Ahí viene ahora. Voy a dejarte con él un rato.—Señor Anafesto, *(Riendo.)* cuidado que no hable con ninguna mujer.

ANAFESTO.—*(Sonriéndose.)* Id descuidada, señora.

Escena III

Rodolfo, Anafesto Galeofa, Homodei, durmiendo.

ANAFESTO.—*(Al irse la Tisbe.)* ¡Qué hermosa! Rodolfo, eres feliz: ¡cómo te ama!

RODOLFO.—No soy feliz: yo no la amo.

ANAFESTO.—¿Cómo? ¿Qué dices?

RODOLFO.—*(Reparando en Homodei.)* ¿Quién es ese hombre que está durmiendo allí?

ANAFESTO.—Nadie: ese pobre músico, ¿no lo sabes?

RODOLFO.—¡Ah! sí: el tonto.

ANAFESTO.—¡Que no amas a la Tisbe! ¿Es posible? ¿Qué me dices?

RODOLFO.—Que olvides lo que te he dicho.

ANAFESTO.—¡La Tisbe! ¡Mujer adorable!

RODOLFO.—Adorable, no lo niego; pero no la amo.

ANAFESTO.—¡No! ¿Y por qué?

RODOLFO.—No me lo preguntes.

ANAFESTO.—¡Yo, tu amigo!

LA TISBE.—*(Sale apresuradamente, y dirigiéndose a Rodolfo con mucha alegría.)* Vuelvo solo para decirte una palabra: que te amo. Y ahora sí que me voy.

ANAFESTO.—*(Mirándola marchar.)* ¡Pobre Tisbe!

RODOLFO.—Hay en mi pecho un secreto, que jamás ha salido de él.

ANAFESTO.—Algún día se lo confiarás a tu amigo: ¿no es verdad? Hoy estás muy taciturno, Rodolfo.

RODOLFO.—Sí, déjame solo un momento.

Vase Anafesto. Rodolfo se sienta en un banco de piedra apoyando la cabeza en sus manos. Después que Anafesto sale, Homodei abre los ojos, se levanta, y a pasos lentos va a colocarse de pie detrás de Rodolfo, que aparecerá embebido en su meditación.

Escena IV

Rodolfo, Homodei.

HOMODEI.—*(Pone la mano en el hombro de Rodolfo. Este se vuelve y lo mira con espanto.)* No es vuestro nombre Rodolfo. Os llamáis Ezzelino da Romana. Sois de una familia ilustre que reinó en Padua, y que fue desterrada de aquí más ha de doscientos años. Andáis errante de ciudad en ciudad con un nombre supuesto, y algunas veces os aventuráis a pisar el estado de Venecia. Siete años hace que estando allí, en Venecia, unos veinte sería entonces vuestra edad, visteis un día en la iglesia a una joven muy hermosa; en la iglesia de San Jorge el Mayor. No fuisteis detrás de ella: seguir a una mujer en Venecia, es ir a buscar una puñalada. Volvisteis muchas veces a la iglesia, y la joven también volvió. Os enamorasteis de ella, y ella de vos. Sin saber su nombre, porque nunca le supisteis, y aun ahora mismo lo ignoráis, como que solo la conocéis por Catalina, os disteis traza para escribirla y ella para contestaros. Conseguisteis además que os permitiese verla en casa de una mujer llamada la beata Cecilia, y llegó al más alto punto la pasión de ambos; pero sin menoscabo de la virtud de ella. Esta joven era noble; por cierto que esto fue lo único que pudisteis averiguar. Una noble veneciana no puede casarse sino con un noble veneciano o con un rey; vos no erais veneciano, ni tampoco podéis ya ser rey. Además, erais un desterrado, y no podíais aspirar a su mano. Un día faltó a la cita, y la beata Cecilia os dijo que la habían casado. Tan poco afortunado fuisteis en saber el nombre del marido, como lo habíais sido en saber el del padre. Marchasteis de Venecia. Desde entonces acá habéis corrido por toda la Italia, sin poder sacudir vuestro amor. Os entregasteis a los placeres, a las distracciones, a las locuras, a los vicios. Todo en balde. Procurasteis amar a otras mujeres: llegasteis a creer que amabais a alguna, a esta cómica, por ejemplo, a la Tisbe; todavía más en balde. El antiguo amor renacía bajo la forma de los nuevos. Va para tres meses que vinisteis a Padua con la Tisbe, pasando por hermano suyo. El podestá monseñor Angelo Malipieri se ha enamorado de ella; y a vos os ha sucedido lo que vais a oír. Una tarde, el 16 de febrero, una mujer tapada se llegó a vos en el puente Molino, os cogió de la mano y os llevó a la calle Sanpiero. En esta calle están las ruinas del antiguo palacio Magaruf-

fi, demolido por vuestro antepasado Ezzelino III. En estas ruinas hay una choza: en esta choza encontrasteis a la mujer de Venecia, a quien amáis, y que os está amando siete años ha. Desde entonces la veíais en la misma choza tres veces a la semana. Ella ha permanecido siempre fiel a su amor y a su virtud; a vos y a su marido. En cuanto a su nombre, no ha desaparecido el misterio, Catalina y nada más. El mes pasado se desvaneció de repente vuestra dicha. Fuisteis un día a la choza y ella no pareció. Se han cumplido cinco semanas sin que hayáis vuelto a verla: esto consiste en que su marido ha desconfiado, y la tiene encerrada. Ha rayado el alba, muy pronto será de día. La buscáis por todas partes: ni la habéis encontrado, ni la encontraréis nunca. ¿Queréis verla esta noche?

RODOLFO.—*(Mirándole atentamente.)* ¿Quién sois vos?

HOMODEI.—¿Preguntas? A ninguna respondo. ¿Con que no queréis ver hoy a esa mujer?

RODOLFO.—Sí, sí, verla: quiero verla. Verla un instante y morir después.

HOMODEI.—La veréis.

RODOLFO.—¿Dónde?

HOMODEI.—En su casa.

RODOLFO.—Pero decidme: ¡a ella! Y ¿quién es ella? ¿cómo se llama?

HOMODEI.—En su casa os lo diré.

RODOLFO.—¡Ah! Sois un ángel venido del cielo.

HOMODEI.—No sé lo que soy. Esta noche al salir la luna, más claro, a las doce, estad en la esquina del palacio de Alberto de Baon en la calle de Santo Urbano. Allí iré yo, y os llevaré. A las doce.

RODOLFO.—Gracias. ¿Y no queréis decirme quién sois?

HOMODEI.—¿Quién soy yo? Un tonto. *(Vase.)*

RODOLFO.—¿Quién será este hombre? ¡Y qué me importa! ¡A las doce! ¡a las doce! ¡cuánto tiempo hay de aquí a las doce! ¡Oh Catalina! por la felicidad que me ofrece, le hubiera dado la vida.

Escena V

Rodolfo, la Tisbe.

LA TISBE.—Yo soy otra vez, Rodolfo. Buenos días. No he podido pasar más sin verte. No puedo estar separada de tu lado: a todas partes voy en pos de ti: no pienso, ni vivo sino por ti. Soy la sombra de tu cuerpo, y tú eres el alma de la mía.

RODOLFO.—Mira lo que haces, Tisbe: mi familia es una familia fatal. Por una predicción, por un destino cumplido casi inevitablemente de padres a hijos, damos la muerte a las personas que nos aman.

LA TISBE.—Pues bien: me matarás. ¿Y qué hay en eso? ¡Con tal que me ames!

RODOLFO.—Tisbe…

LA TISBE.—Me llorarás después. Con esto me contento.

RODOLFO.—Tisbe, tú mereces el amor de un ángel. *(La toma la mano, y vase lentamente.)*

LA TISBE.—¡Y se va! ¡Rodolfo! ¡Y me deja! ¿Qué es lo que tiene? ¿qué le sucede? *(Mirando hacia el banco.)* Homodei ha despertado ya. *(Homodei sale por el fondo del teatro.)*

Escena VI

La Tisbe, Homodei.

HOMODEI.—*(Antes de adelantarse.)* Rodolfo se llama Ezzelino: el aventurero es un príncipe: al idiota le sobra el talento; y el hombre que

duerme es un gato que acecha. Ojos cerrados y oídos abiertos. *(Se adelanta.)*

LA TISBE.—¿Qué dice Homodei?

HOMODEI.—*(Enseñando su guitarra.)* Que esta guitarra tiene cuerdas, que suenan como uno quiere. El corazón del hombre y el corazón de la mujer tienen también sus cuerdas, que se pueden hacer sonar.

LA TISBE.—¿Y qué quieres decir con eso?

HOMODEI.—Señora, esto quiere decir que si casualmente perdéis hoy un buen mozo, que gasta pluma negra en el sombrero, yo sé el lugar donde le podréis hallar esta noche próxima.

LA TISBE.—¿En casa de alguna mujer?

HOMODEI.—Muy bella.

LA TISBE.—¡Cómo! ¿qué quieres decir? ¿quién eres tú?

HOMODEI.—No lo sé.

LA TISBE.—¡Tú no eres lo que yo pensaba, desdichada de mí! Tenía razón el podestá: tú eres un hombre malo. Pero ¿quién eres, sí, quién eres? ¡Rodolfo en casa de una mujer! ¡En la noche de hoy! ¿Es esto lo que quieres decir? Habla: ¿es esto?

HOMODEI.—No lo sé.

LA TISBE.—Mientes, es imposible, Rodolfo me ama.

HOMODEI.—No lo sé.

LA TISBE.—¡Embustero! ¡Cómo mientes! Tú serás un hombre pagado. ¡Dios mío! También yo tengo enemigos. Pero Rodolfo me ama. Anda, infeliz, no conseguirás sobresaltarme. No te creo. Y tú debes desesperarte al ver que no me altero por lo que estás diciendo.

HOMODEI.—Ya habréis notado que el podestá monseñor Angelo Malipieri lleva en la cadena de su cuello una joyita de oro, primorosamente trabajada. La joya es una llave. Fingid que la queréis, y pedídsela, sin decirle el objeto con que la queremos.

LA TISBE.—¿Una llave dices? Yo no la pido, ni quiero pedirla. ¿Si creerá este infame que sospecharé yo de Rodolfo? No quiero ninguna llave.

Márchate, no me hables más.

HOMODEI.—Cabalmente viene ahora el podestá. Después que tengáis la llave, os explicaré el uso que hemos de hacer de ella esta noche. Dentro de un cuarto de hora estaré aquí otra vez.

LA TISBE.—¿No me has entendido, miserable? Te digo que no quiero esa llave. Tengo mucha confianza en Rodolfo. Para nada necesito esa llave, ni diré una palabra sobre ello al podestá. No vuelvas, es inútil; nada te creo.

HOMODEI.—Dentro de un cuarto de hora. *(Vase.)*

Escena VII

La Tisbe, Angelo.

LA TISBE.—¿Otra vez aquí, monseñor? ¿Buscáis a alguien?

ANGELO.—Sí: a Virgilio Tasca: tengo que decirle dos palabras.

LA TISBE.—Vamos, ¿tenéis celos todavía?

ANGELO.—Los tengo siempre, señora.

LA TISBE.—Sois un loco. ¿Para qué sirven los celos? No comprendo cómo puede haber celos. Yo podría amar mucho a un hombre, sí por cierto; pero ¿tener celos de él? nunca.

ANGELO.—Eso es porque no amáis a nadie.

LA TISBE.—Sí tal; amo a uno.

ANGELO.—¿A quién?

LA TISBE.—A vos.

ANGELO.—¡Me amáis! ¿Será verdad? No os burléis de mí. ¡Ah! repetid otra vez lo que acabáis de pronunciar.

LA TISBE.—Digo que os amo. *(Ella se acerca con jovialidad y toma la cadena que trae al cuello el podestá.)* ¡Hola! ¿qué juguete es este? No lo había visto hasta ahora. ¡Qué bonito! ¡qué bien trabajado! Sin duda lo ha hecho el platero Benvenuto. ¡Muy precioso! ¿Y esto qué es? parece cosa propia de mujeres.

ANGELO.—¡Ah Tisbe! con una palabra habéis llenado mi corazón de alegría.

LA TISBE.—Bueno, bueno. Pero decidme, ¿qué cosa es esta, o para qué sirve?

ANGELO.—Esto es una llave.

LA TISBE.—¡Ay! ¡una llave! Nunca lo hubiera acertado. Pero sí, es verdad, ya la veo: con esto se abre. Con efecto, es una llave.

ANGELO.—Sí, Tisbe mía.

LA TISBE.—Pero supuesto que es una llave, para nada la quiero. Quedaos con ella.

ANGELO.—¡Cómo! ¿Os ha gustado? ¿La queréis, Tisbe?

LA TISBE.—Tal vez. ¡Como es una alhaja tan primorosa!

ANGELO.—*(Se la quita del collar.)* Tomadla, ahí la tenéis.

LA TISBE.—No señor; si yo hubiera sabido que era una llave, no hubiera hablado de ella. Ya digo que no la quiero. Y también os puede hacer falta.

ANGELO.—Muy raras veces. Y para eso tengo otra: tomadla, yo os lo pido.

LA TISBE.—¡Pero si esto no me puede servir para nada! Y qué, ¿se pueden abrir puertas con esta llave? Es muy chica.

ANGELO.—Eso no importa. Estas llaves son para cerraduras secretas. Con esta se abren muchas puertas, y entre otras la de un dormitorio.

LA TISBE.—¿De veras? Vaya, pues lo queréis absolutamente, la tomo. *(Toma la llave.)*

ANGELO.—Gracias. ¡Qué fortuna! habéis recibido alguna cosa mía.

LA TISBE.—¡Ah monseñor! me parece que Virgilio Tasca os anda buscando por esa galería.

ANGELO.—¿Es él en efecto?

LA TISBE.—Sí: ¿no tenéis que hablarle?

ANGELO.—Maldita sea su venida, que me priva de hablar con vos.

LA TISBE.—*(Señalando a la galería.)* Por ahí.

ANGELO.—*(Besándola la mano.)* ¿Con que me amáis, Tisbe?

LA TISBE.—Por ahí, por ahí: que os aguarda Tasca.

Vase Angelo. Homodei se deja ver en el fondo del teatro, y Tisbe se dirige a él.

ESCENA VIII

La Tisbe, Homodei.

LA TISBE.—Ya tengo la llave.

HOMODEI.—*(Examinándola.)* Veamos. Ella es. En el palacio del podestá hay una galería que da al puente Molino. Escondeos allí esta noche: detrás de un mueble, de una cortina, como queráis. Después de las dos iré a buscaros.

LA TISBE.—Te recompensaré muy bien. *(Dándole un bolsillo.)* Ahora toma ese bolsillo.

HOMODEI.—Como gustéis; pero dejadme salir de mi empeño. A las dos de la noche iré a buscaros. Os enseñaré la primera puerta, que debéis abrir con esa llave; y después me retiraré yo. Para nada más me necesitaréis, y os bastará seguir adelante.

LA TISBE.—¿Y qué encontraré yo después de la primera puerta?

HOMODEI.—Otra puerta, que también se abre con esa llave.

LA TISBE.—¿Y después de esta segunda?

HOMODEI.—Otra, que será la tercera. La llave las abre todas.

LA TISBE.—¿Y después de la tercera?

HOMODEI.—Ya lo veréis.

Jornada segunda. El crucifijo

Personajes: Angelo Malipieri, Catalina Bragadini, la Tisbe, Rodolfo, Homodei, Reginela, Dafne.

El teatro representa un dormitorio ricamente adornado: en el ángulo de la izquierda una cama magnífica con pabellón de cortinas que puedan correrse y ocultarla enteramente. En el ángulo de la derecha un balcón abierto. En el mismo lado una puerta disimulada: en su inmediación un reclinatorio; y encima, colgado en la pared, un crucifijo de metal pulido. En el fondo una puerta grande de dos hojas. Entre esta puerta y la cama otra puerta pequeña y muy adornada. Mesa, sillones, candeleros, y una gran alacena ocupada con objetos de lujo. Sobre la mesa una cítara o guitarra.

Escena primera

Dafne, Reginela. Después Homodei.

REGINELA.—Créelo, Dafne, es una verdad. Troilo, el alguacil de noche, es quien me lo ha contado. La cosa sucedió poco ha, en el último viaje que la señora hizo a Venecia. ¡Un esbirro, un infame esbirro atreverse a amar a la señora, a escribirla, a ponerse en su presencia! ¿Se podía esto imaginar, Dafne? La señora lo hizo echar de Venecia, y muy bien que hizo.

DAFNE.—*(Entreabriendo la puerta cerca del reclinatorio.)* Está bien, Reginela; pero la señora aguarda su libro de devociones. ¿No lo sabes?

REGINELA.—*(Arreglando algunos libros en la mesa.)* El otro lance fue más terrible; y también es verdad. Solo porque dio aviso a su amo de que había encontrado un espía dentro de la casa, el pobre Palinuro murió repentinamente en aquella misma noche. Por supuesto, de veneno. Te encargo que tengas mucha prudencia, y sobre todo, que mires mucho lo que hablas en este palacio: hasta dentro de las paredes hay quien oiga.

DAFNE.—Bien, despacha pronto; luego hablaremos, que ahora está aguardando la señora.

REGINELA.—*(Continuando en arreglar la mesa, y con la vista fija en ella.)* Si tanta priesa tienes, ve delante, que allá voy yo. *(Dafne sale, y vuelve a cerrar la puerta sin que lo advierta Reginela.)* Sobre todo, lo que te encargo, Dafne, es el silencio en este maldito palacio. Como no sea en esta pieza no hay donde estar con seguridad. Aquí a lo menos se vive sin sobresalto y se puede decir cuanto una quiere. Es el único paraje donde se habla sin riesgo de que haya escuchas.

Mientras dice estas últimas palabras, se abre la alacena, sale Homodei sin que Reginela lo vea, y vuelve a cerrarse.

HOMODEI.—«Es el único paraje donde se habla sin riesgo de que haya escuchas».

REGINELA.—*(Reparando en Homodei.)* ¡Dios mío!

HOMODEI.—Silencio. *(Abre su túnica, y deja ver una armilla de terciopelo negro en que estarán bordadas con plata estas letras: C. D. X. Reginela da muestras de terror.)* Cuando se llega a ver a uno de nosotros, y se da a entender a alguien, aunque no sea sino por señas, que se nos ha visto, no acaba el día sin que la muerte castigue esta indiscreción. Mucho se habla de nosotros en el pueblo, y tú debes saber que es verdad lo que te digo.

REGINELA.—¡Jesús! Pero ¿por qué puerta entró?

HOMODEI.—Por ninguna.

REGINELA.—¡Jesús!

HOMODEI.—Responde a mis preguntas, y en nada me engañes. La vida te va en ello. ¿Adónde da esta puerta? *(Señala a la puerta grande del fondo.)*

REGINELA.—Al dormitorio de monseñor.

HOMODEI.—*(Señalando a la puerta chica que está junto a la grande.)* ¿Y esta?

REGINELA.—A una escalera secreta que comunica con las galerías del palacio. La llave la tiene solo monseñor.

HOMODEI.—*(Señalando a la puerta junto al reclinatorio.)* ¿Y esta?

REGINELA.—Al oratorio de la señora.

HOMODEI.—¿Y ese oratorio tiene alguna salida?

REGINELA.—Ninguna. Está en una torre, y no tiene más que una ventana con reja.

HOMODEI.—*(Asomándose al balcón.)* Que estará al mismo nivel de este balcón. Muy bien. Ochenta pies de pared limpia, y abajo el río Brenta. Aquí la barandilla está de más. Pero en el oratorio hay una escalera: ¿dónde va a parar?

REGINELA.—A mi cuarto, que también lo es de Dafne, monseñor.

HOMODEI.—¿Y tiene alguna salida ese cuarto?

REGINELA.—Ninguna, monseñor. Una ventana con su reja, y solo una puerta que da al oratorio.

HOMODEI.—En cuanto tu ama baje aquí te subirás a tu cuarto, y te estarás allí sin ponerte a escuchar y sin hablar palabra.

REGINELA.—Así lo haré, monseñor.

HOMODEI.—¿Dónde está tu ama?

REGINELA.—En el oratorio rezando.

HOMODEI.—¿Y después viene aquí?

REGINELA.—Sí, monseñor.

HOMODEI.—¿Cuánto tardará todavía? ¿media hora?

REGINELA.—Eso será lo más, monseñor.

HOMODEI.—Muy bien. Márchate. Sobre todo silencio. Nada te importa lo que aquí pase. Deja que suceda lo que quiera, y nada digas. El gato juega con el ratón: nada te va en ello. Tú no me has visto, ni sabes si yo vivo. ¿Estamos? ¿me entiendes? Si sueltas una palabra, la he de oír: si das una mirada, la he de ver: si haces un gesto, una señal, apretar solo la mano, lo he de saber. Vete ahora.

REGINELA.—¡Dios mío! ¿Quién irá a morir aquí?

HOMODEI.—Tú, si hablas. *(A una señal de Homodei vase por la puerta chica cerca del reclinatorio. Luego que ha salido, Homodei abre la alacena, y se ve un callejón oscuro.)* Monseñor Rodolfo, ya podéis venir. Cuidado con los escalones: nueve son. *(Detención como de subir una escalera. Sale Rodolfo.)*

Escena II

Homodei, Rodolfo, embozado en una capa.

HOMODEI.—Entrad.

RODOLFO.—¿Dónde estoy?

HOMODEI.—¿Dónde estáis? Tal vez en la escalera del patíbulo.

RODOLFO.—¿Qué queréis decir?

HOMODEI.—¿Tenéis acaso noticia de que hay en Padua una habitación, un cuarto terrible, aunque lleno de flores, de perfumes, y quizá de amor, adonde ningún hombre puede penetrar, sea el que fuere, noble o plebeyo, joven o viejo, porque poner los pies en él, o solo entreabrir una puerta, es un delito que se castiga de muerte?

RODOLFO.—Sí, lo sé; el cuarto de la mujer del podestá.

HOMODEI.—Cabalmente.

RODOLFO.—Pero bien. Ese cuarto…

HOMODEI.—Es donde os halláis ahora.

RODOLFO.—¿Este el cuarto de la mujer del podestá?

HOMODEI.—El mismo.

RODOLFO.—¿La que yo amo…?

HOMODEI.—Se llama Catalina Bragadini, esposa de Angelo Malipieri, podestá de Padua.

RODOLFO.—¡Será posible! ¡Catalina Bragadini! ¡La mujer del podestá!

HOMODEI.—Si tenéis miedo, tiempo es todavía: abierta está la puerta: marchaos.

RODOLFO.—¡Miedo! por mí, no; por ella. ¿Quién me responde de vos?

HOMODEI.—¿Quién os responde de mí? Voy a decíroslo, ya que así lo queréis. Ocho días ha que, a una hora muy adelantada de la noche, pasabais por la plaza de San Prodocino. Ibais solo. Oísteis ruido de espadas, y gritos detrás de la iglesia: acudisteis allí corriendo.

RODOLFO.—Con efecto, y liberté a un hombre enmascarado de tres asesinos que querían matarle…

HOMODEI.—Cuyo hombre se marchó sin deciros quién era, ni daros gracias. Yo era el hombre de la máscara. Desde esa noche, monseñor Ezzelino, soy muy apasionado vuestro. Vos no me conocéis; pero yo os conozco. He procurado acercaros a la mujer que amáis. Esto por gratitud, no por nada más. ¿Os fiais de mí ahora?

RODOLFO.—Sí; mucho que sí, y muy agradecido. Por ella temí no hubiese en esto alguna traición. Tenía un peso en el corazón que tú me le has quitado. ¡Ah! tú eres mi amigo, mi amigo por toda la vida. Has hecho más por mí que yo por ti. Imposible era que yo viviera más tiempo sin ver a Catalina. No hay duda: me hubiera dado la muerte. Yo salvé tu vida, y tú salvas mi corazón, y también mi alma.

HOMODEI.—¿Conque os quedáis?

RODOLFO.—¡Si me quedo! ¿cómo no había de quedarme? Me fío de ti enteramente. ¡Volver a verla! ¡Una hora, un minuto! ¡Volver a verla! Tú no

puedes comprender lo que es esto de volver a verla. —¿Y dónde está?

HOMODEI.—Ahí: en su oratorio.

RODOLFO.—¿Y en dónde la veré?

HOMODEI.—Aquí.

RODOLFO.—¿Cuándo?

HOMODEI.—Antes de un cuarto de hora.

RODOLFO.—¡Oh Dios mío!

HOMODEI.—*(Señalando a todas las puertas, una después de otra.)* Oíd lo que os digo. Ahí, a los pies de la pieza, está el dormitorio del podestá: ahora está durmiendo, y como no sea la señora Catalina y nosotros, nadie hay en vela en todo el palacio. Por lo mismo creo que no corréis ningún riesgo esta noche. El sitio por donde hemos entrado es un secreto que no puedo comunicaros, y que solo yo conoce; pero mañana podréis salir de aquí con facilidad. ¿Habéis entendido? *(Dirigiéndose al fondo.)* Esta es la puerta del marido. En cuanto a vos, señor Rodolfo, que sois el amante, *(Señalando al balcón.)* no os aconsejo que toméis esta salida: nunca. Una pared lisa de ochenta y cuatro pies de alto, y por recibimiento un río. Ahora, pues, yo me voy.

RODOLFO.—¿No me dijisteis que dentro de un cuarto de hora?

HOMODEI.—Sí.

RODOLFO.—¿Vendrá sola?

HOMODEI.—Tal vez no. Escondeos por un momento.

RODOLFO.—¿Dónde?

HOMODEI.—Detrás de la cama, o si no mejor será en el balcón. Podréis salir cuando os parezca. Creo que mueven las sillas en el oratorio. La señora Catalina va a venir. Ya es tiempo de separarnos. Adiós.

RODOLFO.—*(Junto al balcón.)* Seáis quien fuereis, después del favor que acabáis de hacerme, sabed que sois dueño de cuanto yo tengo, de mis bienes, de mi vida. *(Éntrase sin ser visto en el balcón.)*

HOMODEI.—*(Volviendo al teatro.)* ¡De tu vida! Ya no podéis disponer de ella, monseñor.

Observa si Rodolfo le ve, y después saca de su pecho una carta, que pone sobre la mesa. Vase por la alacena, que deja cerrada. Salen por la puerta del oratorio Catalina y Dafne. Catalina en traje de mujer noble veneciana.

Escena III

Catalina, Dafne, Rodolfo, escondido en el balcón.

CATALINA.—¡Más de un mes ha! ¿Sabes que hace más de un mes, Dafne? ¡Ay! esto ya se acabó. Si a lo menos pudiese dormir, quizá le vería en sueños; pero no puedo dormir. ¿Dónde está Reginela?

DAFNE.—Acaba de irse a su cuarto, y está rezando. ¿Queréis que la llame para que os desnude, señora?

CATALINA.—No, déjala que rece. ¡Ojalá pudiera yo hacerlo con algún sosiego!

DAFNE.—¿Queréis que cierre el balcón, señora?

CATALINA.—Y como nada puede distraerme, cada vez padezco más, Dafne mía. Cinco semanas van, cinco semanas eternas que no le veo. —No, no cierres el balcón: así me refrescaré algo. Tengo la cabeza ardiendo: tienta. —¿Y no podré volver a verle? Estoy encerrada, presa: estoy en una cárcel: esto se acabó sin remedio. Entrar en este cuarto es un delito de muerte. Ni así tampoco quisiera verle. ¡Verle aquí! De pensarlo me estremezco. ¡Dios de mi vida! ¡Tan culpable es este amor! ¿Por qué ha venido a Padua? ¿Por qué me dejé arrastrar de una felicidad que había de durar tan poco? De cuando en cuando solía verle una hora. Esta hora tan corta, y tan de pronto perdida, era el único respiradero por donde entraba en mi alma un poco de aire y de claridad. Ahora estoy en un calabozo. No veré más a aquel rostro que alentaba mi vida. ¡Oh Rodolfo! Dime la verdad, Dafne, ¿crees tú que no volveré a verle?

DAFNE.—Señora…

CATALINA.—¡Y como yo no me parezco a las demás mujeres! Los placeres, las fiestas, las distracciones son nada para mí. Mira, Dafne, va para siete años que no tengo en mi corazón más que un pensamiento, el amor: ni más que un deseo, el amor: ni más que un nombre, Rodolfo. Cuando me miro a mí misma, no veo más que a Rodolfo. Siempre Rodolfo, y nada más que Rodolfo. Mi alma es una imagen suya. ¡Ni puede ser otra cosa! ¡Siete años ha que le amo! ¡Era tan niña! ¡Y cómo nos casan sin ninguna compasión! Ahí tienes mi marido; ni siquiera me atrevo a hablarle. ¿Te parece que esta es vida feliz? ¡Qué amarga es mi situación! ¡Si a lo menos viviera mi madre!

DAFNE.—Vamos, señora, desechad tan tristes ideas.

CATALINA.—¡Ay, Dafne! ¡cuán dulces horas hemos pasados él y yo algunas veces! Pero ¿habrá algún mal en esto que te estoy contando? ¿Es verdad que no? Veo que te entristecen mis penas, y no quiero afligirte. Marcha a dormir: vete con Reginela.

DAFNE.—¿No queréis, señora…?

CATALINA.—No, yo me desnudaré sola. Vete a dormir, querida Dafne, vete.

DAFNE.—Quiera Dios daros muy buenas noches, señora. *(Vase por la puerta del oratorio.)*

Escena IV

Catalina, Rodolfo, por el pronto en el balcón.

CATALINA.—*(Sola.)* Había un romance que él me cantaba. ¡Le cantaba sentado a mis pies, con una voz tan dulce! Momentos hay en que quisiera verle a toda costa. Daría toda mi sangre por conseguirlo. Aquellos versos hechos para mí. *(Toma la guitarra.)* Esta es la música si no me engaño. *(Toca algunos compases de un aire melancólico.)* Quisiera acordarme de la

letra. No sé lo que diera, me vendería a mí misma por oírsela cantar. Solo una vez, y aunque no le viera, y aunque fuese desde ahí abajo, a cualquiera distancia. ¡Pero su voz! ¡oír su voz!

RODOLFO.—*(Desde el balcón, pero sin salir. Canta.)*

CATALINA.—*(Soltando la guitarra.)* ¡Dios mío!

RODOLFO.—*(Continúa cantando, pero sin salir.)*

CATALINA.—¡Rodolfo!

RODOLFO.—*(Saliendo y tirando la capa hacia el balcón.)* ¡Catalina! *(Arrójase a sus pies.)*

CATALINA.—¡Tú aquí! ¿Cómo? ¡Tú aquí! ¡Oh Dios mío! ¡Yo me muero de placer y de espanto! Rodolfo, ¿sabes dónde estás? ¿Te parece que esta habitación es como cualquiera otra, desdichado? Tu vida está en peligro.

RODOLFO.—¿Y qué me importa? Sin verte habría muerto muy pronto: mejor es morir después de haberte visto.

CATALINA.—Has hecho bien. Sí, has hecho muy bien en venir. Mi vida también corre peligro. Pero estoy viéndote: ¡qué importa lo demás! Pase yo una hora contigo, y que este techo se desplome luego sobre mí.

RODOLFO.—El cielo nos protegerá: todos duermen en el palacio; y yo podré salir con la misma seguridad que he entrado.

CATALINA.—¿Cómo has podido hacerlo?

RODOLFO.—Me ha traído un hombre a quien salvé la vida… Ya te lo contaré. He venido muy seguro.

CATALINA.—Si es así, nada hay ya que me agite. Ahora bien, mírame, y déjame que te vea.

RODOLFO.—¡Catalina!

CATALINA.—No pensemos más que en nosotros mismos: tú en mí, y yo en ti. ¿No es verdad que te parezco muy mudada? Yo te diré la causa; y es que en estas cinco semanas no he hecho más que llorar. Y tú ¿qué has hecho en todo este tiempo? ¿No has estado muy triste? ¿Qué efecto te ha hecho esta separación? Dímelo. Háblame. Quiero que me hables.

RODOLFO.—Catalina mía, vivir separado de ti es vivir en medio de las tinieblas: es tener vacío el corazón. Es como si cada día se muriese una parte del cuerpo. Es lo mismo que estar sin luz en un calabozo, o sin ver una estrella por la noche. Es no vivir, no pensar, no saber nada. ¿Qué he hecho? me preguntas: lo ignoro. Lo que he sentido, acabo de decírtelo.

CATALINA.—Lo mismo he pasado yo: lo mismo, sí; lo mismo que tú. Ya veo que nuestros corazones nunca han estado separados. Tengo que contarte muchas cosas. ¿Por dónde comenzaré? Me encerraron aquí. Ya no puedo salir. ¡Cuánto he padecido! No extrañes que no me haya arrojado a tu cuello al tiempo de verte: ¡estaba tan sobrecogida! ¡Dios mío! cuando oí tu voz, no sé lo que pasó por mí: no acertaría a decírtelo. Pero mira, siéntate, como tú sabes, como antes lo hacías. Cuidemos solo de hablar bajo. Te estarás aquí hasta que amanezca. Dafne proporcionará tu salida. ¡Qué horas tan deliciosas! Ya no tengo miedo: tú me lo has quitado del todo. ¡Qué contenta estoy con verte! Entre ti y lo mejor del mundo, tú te llevarías la preferencia. Pregunta a Dafne cómo he llorado. ¡Cuánto me ha cuidado la pobre criatura! Tienes que darla gracias, y a Reginela también. Pero dime, ¿sabes ya cómo me llamo? Sí; tú te sales con todo lo que intentas. No sé qué dejarías tú de hacer cuando quieres una cosa. Y di, ¿podrás volver otras noches?

RODOLFO.—Sí; y de lo contrario, ¿cómo podría soportar la vida? Catalina, te estoy oyendo enajenado de gozo. Nada temas. Mira qué apacible está la noche. Todo es amor en nosotros, y reposo cuanto nos rodea. La naturaleza debe complacerse al contemplar la efusión de dos almas tan amantes, y formadas para amarse una a otra. No tengas ningún temor.

CATALINA.—No, no le tengo; y además hay instantes en que nos olvidamos de todo. Los que son tan felices como nosotros, no pueden acordarse de nada. Escucha, Rodolfo, cuando estoy separada de ti, soy tan solo una pobre mujer encarcelada, y tú tampoco eres más que un pobre desterrado. ¿Estamos juntos? hasta los ángeles pueden envidiarnos entonces. Nadie muere de alegría, Rodolfo, porque si no ya estaría yo muerta. ¡Qué trastornada tengo la cabeza! Acabo de hacerte mil preguntas, y ya no recuerdo una palabra de cuanto te he dicho. ¿Te acuerdas tú de algo? Y esto que nos pasa ¿es sueño o es verdad? De veras: de veras: ¿estás tú aquí?

RODOLFO.—¡Amada mía!

CATALINA.—Mira, no me hables tú: déjame ordenar mis ideas: deja que me recree en verte, alma mía: déjame pensar que estás aquí. Después te responderé a cuanto quieras. Hay algunos momentos, tú debes saberlo, en que se quiere mirar al hombre a quien se ama, y decirle: cállate, que te estoy mirando: cállate, que te amo: cállate, que soy feliz. *(Él la coge una mano, ella se vuelve, y repara en la carta que está sobre la mesa.)* Pero ¿qué es esto? ¿Qué papel es ese que me sobresalta? ¡Una carta! ¿Eres tú quien la ha puesto sobre esa mesa?

RODOLFO.—Yo no. Será el hombre que vino conmigo.

CATALINA.—¿Ha venido contigo un hombre? ¿Quién? Veamos. ¿Qué significa esta carta? *(Ábrela apresuradamente y lee.)* «Hay personas que no se embriagan sino con vino de Chipre. Háilas también que solo gozan cuando toman una venganza refinada. Señora, un esbirro que ama, es muy pequeño; pero un esbirro que se venga, es muy grande».

RODOLFO.—¿Y qué quiere decir eso?

CATALINA.—Conozco la letra. Es de un infame que se atrevió a enamorarse de mí, y a decírmelo, y a presentarse un día en mi cuarto, estando yo en Venecia, de cuya ciudad hice desterrarle. Es un hombre que se llama Homodei.

RODOLFO.—Es verdad.

CATALINA.—Un espía del consejo de los Diez.

RODOLFO.—¡Cielos!

CATALINA.—¡Perdidos somos! Nos han tendido un lazo y hemos caído en él. *(Se dirige al balcón y se asoma.)* ¡Dios mío!

RODOLFO.—¿Qué hay?

CATALINA.—Apaga esa luz, corriendo.

RODOLFO.—*(Apagando la luz.)* ¿Qué tienes?

CATALINA.—Por la galería que da al puente Molino…

RODOLFO.—Di luego.

CATALINA.—acabo de ver una luz, que ha desaparecido al instante.

RODOLFO.—¡Qué insensatez la mía! Catalina, yo soy la causa de tu perdición.

CATALINA.—Rodolfo, yo hubiera ido a buscarte, como tú has venido a buscarme a mí. *(Aplicando el oído a la puerta chica del fondo.)* —Silencio. —Escuchemos. Me parece que oigo ruido en el corredor. Con efecto: abren una puerta. Siento pasos.—¿Por dónde entraste?

RODOLFO.—Por una puerta oculta, que ese demonio volvió a cerrar.

CATALINA.—¿Qué haremos?

RODOLFO.—Esa puerta…

CATALINA.—Da al cuarto de mi marido.

RODOLFO.—¿El balcón…?

CATALINA.—Es un precipicio.

RODOLFO.—Esta puerta…

CATALINA.—Es de mi oratorio, que no tiene salida. No hay medios de huir. No importa: éntrate ahí. *(Abre la puerta del oratorio, y Rodolfo se entra precipitadamente. Ella cierra la puerta y queda sola.)* Echemos la llave. *(Toma la llave y la guarda en el pecho.)* ¿Quién sabe lo que sucederá? Él querría defenderme: saldría fuera, y se perdería. *(Se dirige a la puerta chica del fondo.)* Nada se oye. Pero sí, que se acercan los pasos. Ahora se paran. Estarán escuchando. ¡Dios mío, valedme! Fingiré que estoy durmiendo. *(Quítase el traje de encima y se echa en la cama.)* ¡Cómo tiemblo! Ya han metido la llave en la cerradura. No quiero ver lo que entre.

Corre las cortinas y abren la puerta.

Escena V

Catalina. La Tisbe. Sale la Tisbe pálida con una luz en la mano. Anda lentamente, mirando a cuanto la rodea. Llega a la mesa y examina la vela re-

ción apagada.

LA TISBE.—Esta luz acaban de apagarla. *(Vuélvese, repara en la cama, dirígese a ella, y descorre las cortinas.)* Sola está y haciendo que duerme. *(Recorre toda la habitación examinando las puertas y paredes.)* Esta es la puerta del marido. *(Tocando con el revés de la mano la puerta del oratorio, que debe estar disimulada.)* Aquí hay una puerta. *(Catalina se incorpora en la cama y mira a la Tisbe con espanto.)*

CATALINA.—¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

LA TISBE.—¿Quién anda aquí? Ahora lo sabréis. Es la querida del podestá, que tiene en su poder a la mujer del podestá.

CATALINA.—¡Dios mío!

LA TISBE.—¿Quién es, preguntáis, señora? Una cómica, una mujer de teatro, una perdida, como decís vosotras, que tiene en su poder, como acabo de deciros, a una gran señora, a una mujer casada, a una mujer respetadísima, a lo que se llama una virtud; que la tiene entre sus manos, entre sus uñas, entre sus dientes: que puede hacer de ella lo que se le antoje: de esa señorona, de esa virtud de oropel, y que va a despedazarla, a destrozarla, a hacerla añicos. Con efecto, señoronas del gran mundo, no sé lo que sucederá; pero es muy cierto que tengo debajo de mis pies a una de vosotras, y que no me se escapará: no, bien puede ella creerlo, y que mejor la estaría verse hecha cenizas por un rayo, que no encontrarse su cara con la mía. Decidme, señora, ¿cómo os atrevéis a levantar la cabeza en mi presencia, cuando tenéis dentro de este cuarto a un amante…

CATALINA.—Señora…

LA TISBE.—escondido.

CATALINA.—Os engañáis.

LA TISBE.—¿Y me lo negáis? aquí estaba: esos sillones declaran que ambos estabais sentados. Al menos debisteis no haberlos dejado como están. ¿Y qué os estabais diciendo? Muchas ternezas, ¿no es verdad? Mil amores, ¿no es cierto? Yo te amo… yo te adoro… yo soy tuya… ¡ah, no os acerquéis a mí, señora!

CATALINA.—No puedo comprender…

LA TISBE.—¿Y pensarán estas señoronas que valen más que nosotras? Lo que nosotras decimos a un hombre sin rebozo en medio del día, eso mismo vosotras se lo tartamudeáis vergonzosamente en las tinieblas de la noche. Toda la diferencia está en las horas. Nosotras nos atraemos a vuestros maridos, y vosotras os atraéis a nuestros amantes. Esto es una lucha: pues bien, luchemos. Embusteras, hipócritas, traidoras, virtudes fingidas, mujeres falsas: eso es lo que sois vosotras. No, no valéis más que nosotras. Nosotras no engañamos nunca. Vosotras engañáis al mundo, engañáis a vuestras familias, engañáis a vuestros maridos, y si pudierais engañaríais al mismo Dios. Estas son las mujeres virtuosas, que no se presentan en las calles sin ir tapadas con un velo desde la cabeza a los pies. ¡Y van a la iglesia! ¡Y se manifiestan tan recogidas! ¡Y se inclinan! ¡Y se arrodillan! Pero nadie se recoja, ni se incline, ni se arrodille, sino váyase derecho a ellas, y arránquelas el velo: debajo del velo hay una careta: arránquensela, debajo de la careta hay una boca que miente.—Nada me importa: yo soy la querida del podestá, y vos su mujer; la mujer que yo quiero perder.

CATALINA.—¡Señora, por Dios!

LA TISBE.—¿Dónde está?

CATALINA.—¿Quién?

LA TISBE.—Él.

CATALINA.—Aquí no hay nadie más que yo: yo sola: enteramente sola. No sé por quién me preguntáis. No os conozco; pero vuestras palabras me llenan de espanto, señora. Ignoro en qué haya podido ofenderos, y no puedo creer que tengáis aquí un interés…

LA TISBE.—¿Si tengo algún interés? Mucho que le tengo, y bien grande. ¿Lo dudáis? Vaya, que estas mujeres virtuosas son muy incrédulas. ¿Y acaso os hablaría yo como os estoy hablando, si mi corazón no estuviese despedazado de rabia? ¿Y a mí qué me importa lo que os he dicho? ¿ni qué me importa que seáis una gran señora, y yo solo una cómica? Nada, porque al cabo soy tan bella como vos. Pero el odio me rebosa en el pecho, y hablo e insulto como primero me ocurre. ¿Dónde está ese hombre? ¿Cómo se llama? Quiero ver a ese hombre. ¡Cuando pienso que se estaba haciendo la dormida! Vamos, es una infamia.

CATALINA.—¡Por Dios, señora! ¿qué va a ser de mí? Si supierais…

LA TISBE.—Lo que sé es que hay una puerta ahí, y que él está dentro.

CATALINA.—Es mi oratorio, señora; no es nada más. No hay nadie en él. Os lo juro. ¡Si supierais…! Os han engañado. Yo vivo retirada, encerrada, escondida para todo el mundo…

LA TISBE.—Este es el velo.

CATALINA.—Ese es mi oratorio: os lo aseguro. No hay en él más que mi reclinatorio y mis libros de devociones.

LA TISBE.—Esta es la careta.

CATALINA.—Os juro, señora, que nadie está escondido ahí.

LA TISBE.—Esta es la boca que miente.

CATALINA.—Señora…

LA TISBE.—Eso mismo es. Sin duda habéis perdido el juicio cuando me habláis así, y cuando con ese miedo declaráis vuestro delito. Ni firmeza tenéis para negar. Vamos, levantad la cabeza, señora; llenaos de cólera, si os atrevéis a tanto, y presentaos como una mujer inocente. *(De pronto repara en la capa que quedó en el suelo cerca del balcón. Va y la recoge.)* Pero ¡si no es posible! Esta es su capa.

CATALINA.—¡Cielos!

LA TISBE.—No, esta no es una capa: ¿no es verdad? Decid que esta no es una capa de hombre. Por desgracia no se puede conocer quién sea su dueño, porque todas estas capas se parecen unas a otras. Vamos, cuidado cómo me respondéis. Decidme, ¿cómo se llama ese hombre?

CATALINA.—No sé lo que queréis decir.

LA TISBE.—¿No es ese vuestro oratorio? Muy bien: abridle al momento.

CATALINA.—¿Para qué?

LA TISBE.—Yo también quiero rezar. Abridlo.

CATALINA.—He perdido la llave.

LA TISBE.—Abrid pronto.

CATALINA.—No sé quién tiene la llave.

LA TISBE.—¿No? vuestro marido la tendrá.—¡Monseñor Angelo, Angelo, Angelo!

Quiere dirigirse a la puerta del fondo; Catalina se interpone y la detiene.

CATALINA.—No, no tocaréis a esta puerta: no la tocaréis. Ningún daño os he hecho, ni sé por qué pretendéis hacérmelo a mí. Pero no me le haréis, me tendréis compasión. Aguardad un momento y os desengañaréis, y os explicaré lo que queráis: un momento no más. Desde que entrasteis aquí estoy estremecida, atemorizada; y luego vuestras expresiones, todo eso que me habéis dicho me tiene trastornada, sin sentido. Apenas he comprendido otra cosa, sino que decís que sois una cómica, que habéis dicho que yo soy una gran señora: nada más sé; y os juro que nadie está en mi oratorio. No me habéis hablado de ese esbirro, que es el que tiene la culpa de todo: es un malvado que os engaña: un espía. ¿Y quién cree en un espía? Hacedme el favor de oírme un poco, que entre mujeres no se niega un favor: y yo espero que cedáis a mis súplicas con más bondad que si las dirigiera a un hombre. Sois muy hermosa para tener un corazón de bronce. Os decía, pues, que ese perverso, ese espía, ese esbirro… Nosotras nos entenderemos al momento, y así no tendréis luego el pesar de haber sido causa de mi muerte. No despertéis a mi marido, porque me mataría. ¡Cuánta lástima me tendríais si supieseis mi suerte! No hay culpa en mí; apenas tengo culpa, podéis creerlo. Podré haber cometido alguna imprudencia, pero como no tengo madre: ¡ay, señora! no tengo madre. Compadecedme: no toquéis a esa puerta. Os lo pido, os lo suplico mil veces.

LA TISBE.—Todo es excusado, porque nada oigo. ¡Monseñor! ¡monseñor!

CATALINA.—Deteneos: por Dios, deteneos; porque mi muerte es segura. Dejadme siquiera un instante, unos cortos instantes para pedir a Dios misericordia. No me muevo de esta pieza. Voy a postrarme *(Señalando el crucifijo.)* ante ese señor crucificado. *(Tisbe mira con atención al crucifijo.)* Por piedad, orad también conmigo. ¿No queréis? Venid, y si después os empeñáis en que muera, si Dios no os quita ese pensamiento, haced entonces lo que queráis.

LA TISBE.—*(Arrojándose al crucifijo y quitándolo de la pared.)* ¿Cómo está aquí este crucifijo? ¿De dónde vino? ¿Cómo está en vuestro poder? ¿Quién os le dio?

CATALINA.—¡Quién me le dio, infeliz de mí! De nada os serviría el saberlo.

LA TISBE.—¿Cómo está en vuestro poder? Decidlo al instante.

La luz habrá quedado en el velador inmediato al balcón. Tisbe se acerca a ella y examina el crucifijo. Catalina se pone a su lado.

CATALINA.—Oídlo, pues; una mujer me le dio. En la cruz está su nombre: miradlo: *Tisbe*, dice: yo no la conozco. Era una pobre mujer que habían condenado a muerte. Pedí su indulto, y como era mi padre, me le concedió. Esto fue en Brescia, y yo era muy niña. Por Dios, no me perdáis, señora, apiadaos de mí. Entonces la mujer me dio el crucifijo, diciéndome que lo guardase, y nunca sería desdichada. Esto es lo que pasó: no hubo más que lo que digo. Pero esto ¿qué os importa? ¿Ni para qué me hacéis contar cosas tan inútiles? ¡Ay! no puedo tenerme en pie.

LA TISBE.—*(Aparte.)* ¡Oh madre mía!

Ábrese la puerta del fondo, y sale Angelo con bata. Catalina viniéndose muy arriba del teatro.

CATALINA.—¡Mi marido! ¡Perdida soy!

Escena VI

Catalina. La Tisbe. Angelo.

ANGELO.—*(Sin reparar en la Tisbe, que se queda junto al balcón.)* ¿Qué sucede aquí, señora? Me parece que he oído ruido en esta habitación.

CATALINA.—Señor…

ANGELO.—¿Y cómo no estáis ya acostada a estas horas?

CATALINA.—Es porque…

ANGELO.—Estáis temblando. Aquí hay alguien, señora.

LA TISBE.—*(Acercándose.)* Ya se ve que hay. Soy yo, monseñor.

ANGELO.—¿Vos, Tisbe?

LA TISBE.—Yo misma.

ANGELO.—¿Vos aquí? ¿en medio de la noche? ¿Y cómo estáis aquí, y a estas horas, y cómo es que la señora…

LA TISBE.—está temblando como una azogada? Al momento lo sabréis. Prestadme atención, que la cosa lo merece.

CATALINA.—*(Aparte.)* ¡Infeliz! ya no hay remedio.

LA TISBE.—En pocas palabras; mañana por la mañana íbais a ser asesinado.

ANGELO.—¡Yo!

LA TISBE.—Cuando salierais de este palacio para ir a mi casa: como que por lo común vais solo. Esta noche misma me dieron el aviso; y sin perder momento vine a comunicarlo a esta señora, para que no os dejara salir de casa. Este es el motivo de hallarme aquí, de haber venido a esta hora, y de que la señora esté temblando.

CATALINA.—*(Aparte.)* ¡Dios piadoso! ¿qué mujer es esta?

ANGELO.—¡Es posible! Mas ¿de qué me admiro? Mirad si os decía yo bien, que estoy siempre rodeado de peligros. ¿Y cómo lo supisteis, o quién os dio el aviso?

LA TISBE.—Un desconocido, que me exigió primero la palabra de dejarle huir, y así lo he cumplido.

ANGELO.—Mal hecho: se ofrece, y al mismo tiempo se manda prender. ¿Y cómo habéis podido entrar en este palacio?

LA TISBE.—El desconocido me acompañó, y me hizo entrar por una puerta pequeña, que está debajo del puente Molino.

ANGELO.—Bien: pero ¿cómo habéis podido llegar hasta aquí?

LA TISBE.—¡Gran dificultad! ¿Y la llave que vos mismo me disteis?

ANGELO.—Pero me parece que no os dije que era de esta habitación.

LA TISBE.—Sí tal; sino que no os acordáis.

ANGELO.—Y esta capa, ¿de quién es?

LA TISBE.—Es una capa que me dio el desconocido para entrar en palacio. También me dio un sombrero, y en verdad que no sé dónde le he echado.

ANGELO.—¡Cuando pienso que hay hombres desconocidos que entran en mi casa como se les antoja! ¡Terrible vida es esta mía! Siempre tengo un pie cogido en un lazo. Y decidme, Tisbe…

LA TISBE.—Monseñor, dejad las preguntas para mañana, que ya por esta noche os han salvado la vida, y no tenéis más que desear. Mejor es que penséis en darnos las gracias a esta señora y a mí.

ANGELO.—Disimuladme, Tisbe.

LA TISBE.—Mi litera me está aguardando a la puerta. ¿Queréis bajarme la escalera? Con eso dejaremos dormir a la señora.

ANGELO.—Como gustéis, doña Tisbe. Pero pasemos por mi cuarto, si no lo lleváis a mal, y tomaré mi espada. *(Asomándose a la puerta del fondo.)* ¡Hola! luces.

LA TISBE.—*(Llevando a Catalina a un lado del teatro, la dice aparte.)* Hacedle que marche sin perder momento por donde yo he venido. Ahí tenéis la llave. *(Mirando al oratorio.) (Aparte.)* Esta puerta, ¡oh! ¡cuánto padezco! ¡Ni saber siquiera si efectivamente es él!

ANGELO.—*(Volviendo.)* Cuando queráis, señora.

LA TISBE.—*(Aparte.)* ¡Si al menos le pudiera ver salir! Pero no es posible. Es preciso marchar. *(A Angelo.)* Vamos, pues, monseñor.

CATALINA.—*(Viéndoles salir.)* ¿Es esto un sueño?

Jornada tercera. Lo blanco por lo negro

Personajes: Angelo Malipieri, Catalina, la Tisbe, Rodolfo, el deán de San Antonio de Padua, el arcipreste, un alguacil, dos celadores de noche.

Primera parte

El dormitorio de Catalina: estarán corridas las cortinas de la cama.

Escena primera

Angelo. El deán. El arcipreste.

ANGELO.—*(Al deán.)* Señor deán de San Antonio de Padua, disponed que inmediatamente cuelguen de negro la nave principal, el coro y el altar

mayor de la iglesia. De aquí a dos horas, dos horas, haréis celebrar un oficio solemne por el descanso del alma de una persona ilustre que estará muriendo entonces. Vos mismo oficiaréis con asistencia de todo el cabildo. Mandad que se descubra la urna del cuerpo del Santo; que se enciendan trescientas hachas de cera blanca como en funeral de reina, y que concurran seiscientos pobres, dándose a cada uno un ducado de plata y un cequí de oro. El paño de la tumba no ha de tener más adorno que las armas de los Malipieri, y las de los Bragadini. El escudo de Malipieri es águila en campo de oro, y el de Bragadini tiene faja azul y plata, con cruz roja.

EL DEÁN.—Magnífico podestá…

ANGELO.—Ahora mismo haréis venir a todo vuestro clero, con cruz y ciriales, y bajaréis al panteón de este palacio ducal donde están los sepulcros de los Romana. Allí veréis una caja vacía y una sepultura abierta, la cual bendeciréis. No perdáis tiempo; y orad también por mí.

EL DEÁN.—¿Es acaso algún pariente vuestro, monseñor?

ANGELO.—Haced lo que os digo. *(El deán hace una cortesía muy reverente y se va por la puerta del fondo. El arcipreste quiere acompañarlo, y Angelo lo detiene.)* Quedaos vos, señor arcipreste. Aquí cerca, en ese oratorio hay una persona a quien vais a confesar ahora mismo.

EL ARCIPRESTE.—¿Algún reo sentenciado, monseñor?

ANGELO.—Una mujer.

EL ARCIPRESTE.—¿Y esta mujer se ha de preparar para morir?

ANGELO.—Sí señor.—Venid conmigo.

UN ALGUACIL.—*(Al salir.)* Aquí está doña Tisbe, a quien V. E. mandó llamar.

ANGELO.—Que entre y me aguarde un momento. *(Vase el alguacil. El podestá abre el oratorio y hace señas al arcipreste para que entre. Al llegar al umbral, le detiene.)* Señor arcipreste, la vida os va en ello. Cuando salgáis de aquí, cuidado cómo decís a persona humana el nombre de la mujer que vais a ver.

Entran ambos en el oratorio: ábrese la puerta del fondo, y el alguacil introduce a la Tisbe.

LA TISBE.—*(Al alguacil.)* ¿Sabéis para qué me llama?

UN ALGUACIL.—No señora. *(Vase.)*

ESCENA II

La Tisbe.

LA TISBE.—¡Este cuarto! ¡otra vez en este cuarto! ¿Qué me querrá el podestá? Aspecto triste tiene hoy el palacio: y a mí ¿qué me importa? Por un sí o por un no daría mi vida. ¡Ah! ¡esta puerta! ¡qué conmoción me causa ver esta puerta! ¡Detrás de ella estaría él! ¿Quién? ¿quién estaba detrás de esta puerta? ¿Tengo yo alguna seguridad de que fuese él? ¿Él y no otro? Ni he vuelto a ver a ese espía. ¡Cruel incertidumbre! ¡fantasma horroroso que no se aparta de mí, y que me mira con ojos inmóviles, en que no se asoma ni la risa ni el llanto! ¡Si yo pudiese saber que en efecto era Rodolfo! ¡Si estuviese segura de que lo era! ¡Si tuviese algunas pruebas…! ¡Oh! sería hombre perdido: lo denunciaba al podestá. Eso no. Me vengaría de esa mujer: tampoco. Me mataría: eso sí. Convencida una vez de que Rodolfo no me ama, de que me engaña, de que ama a otra, ¿para qué me serviría la vida? Entonces me sería indiferente morir. ¿Y sin vengarme? ¿Por qué no? Diga yo ahora lo que quiera, conozco que soy muy capaz de tomar una venganza. ¿Puedo acaso responder de lo que haría si estuviese segura de que el hombre de esta noche era Rodolfo? ¡Dios mío! libradme de un momento de furor. ¡Rodolfo! ¡Catalina! ¡Si fuese cierto! ¿qué haría yo? ¡Cómo! ¿qué haría? Matar: pero ¿a quién? ¿a ellos, o a mí? No lo sé.

Sale Angelo.

Escena III

La Tisbe. Angelo.

LA TISBE.—¿Me habéis mandado llamar, monseñor?

ANGELO.—Sí, Tisbe. Tengo que hablaros, y de cosas muy graves. Os lo tengo dicho; en esta vida que llevo, no hay día que no me armen un lazo, o no me preparen una traición: no hay día que no me vea expuesto a perecer por el puñal de un asesino, o que no me vea obligado a mandar derribar la cabeza de un delincuente. En pocas palabras, Tisbe, mi mujer tiene un amante.

LA TISBE.—¿Cómo se llama?

ANGELO.—Que se hallaba con ella en este cuarto cuando nosotros estábamos anoche aquí.

LA TISBE.—¿Cómo se llama?

ANGELO.—La cosa se ha descubierto de este modo. Un hombre, un espía del consejo de los Diez… Antes debo deciros que los espías del consejo de los Diez se encuentran en una posición muy singular con respecto a nosotros los podestás de tierra firme. El consejo les prohíbe, bajo pena de la vida, el escribirnos, el hablarnos, y el tener comunicación con nosotros, hasta que llegue el día en que reciban la orden de prendernos. Pues a uno de estos espías se encontró esta mañana cosido a puñaladas a la orilla del agua cerca del puente Altina. Los dos celadores de noche fueron los que le encontraron. ¿Ha sido desafío, o asesinato? No se sabe. El esbirro no pudo pronunciar más que algunas palabras, porque estaba espirando, y muy luego espiró. La desgracia es que haya muerto. Al tiempo de herirle, por lo que se infiere, tuvo bastante serenidad para conservar guardada una carta, que sin duda acababa de interceptar, y que entregó para mí a los celadores. Estos me la han traído, y es una carta escrita a mi mujer por un amante.

LA TISBE.—¿Cómo se llama?

ANGELO.—La carta no tiene firma. Me preguntáis cómo se llama el amante: ahí están mis dudas. El hombre asesinado lo dijo muy bien a los ce-

ladores, pero estos necios lo han olvidado, y ya no pueden acordarse. Cada uno de ellos dice un nombre distinto. El uno Roderigo: el otro Pandolfo.

LA TISBE.—Y la carta, ¿la tenéis ahí?

ANGELO.—*(Registrándose.)* Sí, aquí la tengo. Cabalmente os he hecho venir para enseñárosla, y que me digáis si por casualidad conocéis la letra. *(Saca la carta.)* Esta es.

LA TISBE.—Dádmela.

ANGELO.—*(Arrollando la carta entre sus manos.)* Pero ¿en qué horrible agitación me encuentro, Tisbe? ¡Hay un hombre que se ha atrevido a poner sus ojos en la mujer de un Malipieri! ¡Hay un hombre que ha osado echar una mancha en el libro de oro de Venecia, y en su página más hermosa; en el lugar donde está mi nombre! ¡el nombre de Malipieri! ¡Hay un hombre que estuvo anoche dentro de este cuarto, que puso sus plantas donde quizá yo tengo ahora las mías! ¡Hay un miserable que ha escrito esta carta! ¡y no caerá entre mis manos! ¡y no lograré que la venganza borre mi afrenta! ¡y un río de la sangre de ese hombre no lavará este suelo que ha profanado! Lo digo, Tisbe: por saber quién ha escrito esta carta daría la espada de mi padre, y diez años de mi vida, y mi mano derecha.

LA TISBE.—Pero acabad de darme la carta.

ANGELO.—*(Dejándosela coger.)* Tomadla.

LA TISBE.—*(Abre la carta, y la da una ojeada.) (Aparte.)* ¡Es de Rodolfo!

ANGELO.—¿Conocéis la letra?

LA TISBE.—Dejadme que la lea. *(Lee.)* «Mi amada Catalina: ya ves que Dios nos favorece. Por un milagro nos hemos salvado esta noche de tu marido y de esa mujer…» *(Aparte.)* ¡De esa mujer! *(Continúa leyendo.)* «Mucho te amo, Catalina mía. Tú eres la única mujer que he amado. No tengas ningún temor por mí, que estoy libre de todo riesgo.»

ANGELO.—Y bien, ¿conocéis la letra?

LA TISBE.—*(Devolviéndole la carta.)* No, monseñor.

ANGELO.—¿Con que no? Y ¿qué decís de la carta? Ella ha de ser de algún hombre que esté recién venido a Padua, y su estilo indica que este amor

es viejo. ¡Oh! yo haré registrar toda la ciudad, y no podrá escapárseme. ¿Qué me aconsejáis, Tisbe?

LA TISBE.—Que le busquéis.

ANGELO.—Ya he dado orden de que nadie pueda entrar hoy libremente en el palacio, como no seáis vos o vuestro hermano, por si le necesitáis para algo. Que a cualquiera otro se le arreste al instante, y se le conduzca a mi presencia para que yo le examine. Entre tanto la mitad de la venganza está en mi mano; y desde luego voy a tomarla.

LA TISBE.—¿Cuál es?

ANGELO.—Hacer que muera mi mujer.

LA TISBE.—¿Vuestra mujer?

ANGELO.—Todo está ya listo, y no pasará una hora sin que Catalina Bragadini sea decapitada como corresponde.

LA TISBE.—¡Decapitada!

ANGELO.—Y aquí mismo.

LA TISBE.—¿En este cuarto?

ANGELO.—Oídme. La mancha que ha caído en mi lecho lo trueca en un sepulcro. Esa mujer debe morir, y así lo he decidido: y tan serenamente lo he decidido, que será irrevocable esta resolución. Me siento sin cólera; y sería en balde recurrir a la súplica. Mi mejor amigo, si yo tuviese algún amigo, que intercediera por ella, le miraría al momento con desconfianza. Dicho esto, hablemos ahora de lo que queráis. Y sabedlo, Tisbe, aborrezco a esa mujer. Si me enlacé con ella fue por razones de familia; porque mis rentas se hallaban muy empeñadas con mis embajadas, y también por complacer a mi tío el obispo de Castello. Nunca he visto alegre la cara de esa mujer, ni a ella contenta delante de mí. Tampoco ha tenido hijos. Y sobre todo, el aborrecer es una cualidad de nuestra sangre, de nuestras familias, de nuestras tradiciones. Malipieri, y no aborrecer, imposible. Antes se echará a volar desde su columna el león de San Marcos que el odio se desarraigue del corazón de los Malipieri. Mi abuelo aborrecía al marqués de Azzo, y le hizo sumergir en un pozo de Venecia. Mi padre aborrecía al procurador Baodoer, y dispuso que le envenenaran con un confite de la reina Cornaro. Y yo aborrezco a esa mujer. *De motu propio* nunca la hubiera hecho daño;

pero ha delinquido; y pues es suya la culpa, que sufra la pena. Tal vez yo no valdré mucho más que ella: no entro en disputa; pero ella morirá. Es necesario, y está resuelto. Os aseguro que esta mujer morirá. ¡Perdón para ella! Si me lo pidieran los huesos de mi madre, no lo conseguirían.

LA TISBE.—Pero ¿la serenísima señoría de Venecia os permitirá…

ANGELO.—Para perdonar, nada; para castigar, cuanto quiera.

LA TISBE.—Pero ¿los Bragadini, la familia de vuestra mujer…

ANGELO.—Me darán gracias.

LA TISBE.—Ya veo que estáis resuelto, y que morirá: enhorabuena. Hacéis muy bien. Pero ya que nada se ha traslucido hasta ahora, y que nadie sabe la persona que es, ¿no podría evitarse a un tiempo, ella el suplicio, este palacio una mancha de sangre, y vos los rumores y la nota pública? El verdugo es un testigo, y un solo testigo está aquí de más.

ANGELO.—Mejor sería un veneno; pero rápido, violento; y, aunque no lo creáis, no tengo ninguno.

LA TISBE.—Pues yo le tengo.

ANGELO.—¿Dónde?

LA TISBE.—En mi casa.

ANGELO.—¿Y qué veneno es?

LA TISBE.—El de Malaspina. Ya lo sabéis: el de la caja que me regaló el primiciero de San Marcos.

ANGELO.—Ya me acuerdo que me hablasteis de él. Es un veneno seguro y pronto, y tenéis razón de aconsejarme que esto no salga de nosotros: es mucho mejor. Tenéis toda mi confianza, Tisbe, y conoceréis que es justo lo que me veo obligado a hacer, porque se trata de vengar mi honor; y cualquier hombre haría lo propio en mi lugar. Considerad lo crítico de mi situación; que no tengo aquí más amigo que vos, ni otra persona de quien fiarme. La pronta ejecución y el secreto interesa a la par a esa mujer y a mí. Ayudadme, ya que os necesito y os lo pido. ¿Lo haréis?

LA TISBE.—Sí.

ANGELO.—Desaparezca esa mujer sin que se sepa cómo ni por qué. La sepultura está abierta, y el oficio de difuntos se celebrará; pero nadie sabrá por quién. Yo dispondré que el cadáver sea llevado por esos celadores de noche, que no he permitido salgan de palacio ni comuniquen con nadie. Decís muy bien: todo esto debe envolverse en el más profundo misterio. Enviad por ese veneno.

LA TISBE.—Yo sola sé dónde está, y es preciso que vaya a buscarle.

ANGELO.—Id, y me quedaré aguardando. *(Vase la Tisbe.)* Sí, esto es lo mejor pensado. En las tinieblas se cometió el delito, y en la oscuridad debe ser el castigo. *(Se abre la puerta del oratorio, y el arcipreste sale con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho. Atraviesa lentamente el teatro, y en el momento en que va a salir por la puerta del fondo, Angelo se dirige hacia él.)* ¿Está ya dispuesta?

EL ARCIPRESTE.—Sí, monseñor.

Vase, y Catalina se presenta al mismo tiempo en la puerta del oratorio.

ESCENA IV

Angelo. Catalina.

CATALINA.—¡Dispuesta! ¿a qué?

ANGELO.—A morir.

CATALINA.—¡A morir! ¡y es verdad! ¡y es posible! No puedo convenir con esa idea. ¡Morir! No señor, no estoy dispuesta; no lo estoy, ni lo estaré nunca.

ANGELO.—¿Qué tiempo necesitáis para prepararos?

CATALINA.—¡Yo! no lo sé: muchísimo tiempo.

ANGELO.—¿Os faltará el ánimo, señora?

CATALINA.—¡Morir tan temprano! ¿qué he hecho yo que merezca la muerte? Nada, bien sé que nada. ¡Señor! ¡señor! ¡concededme un día! Pero no, ¿para qué quiero un día? Conozco que no puedo tener mañana más valor que hoy. ¡La vida! Dejádmela, no me la quitéis. Un convento… ¿Es acaso imposible que me concedáis la vida?

ANGELO.—No: puedo concedérosla, pero es con una condición. Ya os lo he dicho.

CATALINA.—¿Cuál? No me acuerdo.

ANGELO.—¿Quién ha escrito esta carta, decidme? ¿quién es? ¿cómo se llama este hombre?

CATALINA.—*(Cruzando las manos.)* ¡Dios mío!

ANGELO.—Si me decís quién es este hombre, viviréis. Él irá a un cadalso, vos a un convento, y esto bastará. Resolveos.

CATALINA.—¡Dios mío!

ANGELO.—¡Qué! ¿no me respondéis?

CATALINA.—Sí, ya os respondo. ¡Dios mío!

ANGELO.—Pero decidíos, señora.

CATALINA.—Me he quedado yerta en el oratorio. Estoy helada.

ANGELO.—Señora, quiero usar de bondad con vos. Tenéis una hora; una hora todavía, en cuyo tiempo estaréis sola, y nadie entrará aquí. Empleadle en meditar: ahí queda la carta; *(Pónela sobre la mesa.)* escribid en ella cómo se llama ese hombre, y salvaréis la vida. ¡Catalina! considerad que os habla un hombre de mármol: es preciso o descubrirle, o perecer. Elegid, pues tenéis una hora.

CATALINA.—¡Un día siquiera!

ANGELO.—Una hora.

Escena V

Catalina.

CATALINA.—Esta puerta… *(Se dirige a ella.)* ¡Ay! ¡qué oigo echar el cerrojo! *(Dirígese al balcón.)* Este balcón… *(Mirando.)* ¡Jesús! ¡qué alto! *(Déjase caer en un sillón.)* ¡Morir! ¡Dios mío! ¡qué idea tan terrible es esta, cuando nos asalta de repente, y cuando menos lo pensábamos! ¡No tener más que una hora de vida, y decirse a sí misma: dentro de una hora moriré! ¡Solo quien lo pasa puede saber lo horroroso que es esto! Tengo descoyuntados todos los miembros. No puedo estar en este sillón. *(Levántase.)* Quizá descansaré mejor en la cama. ¡Si pudiera dormir un rato! *(Dirígese a la cama.)* ¡Unos momentos de descanso! *(Descorre las cortinas y retrocede aterrada. En lugar de la cama hay un tajo cubierto con un paño negro y una hacha encima.)* ¡Dios de mi alma! ¡qué es lo que veo! ¡qué horror! *(Corre las cortinas con un movimiento convulsivo.)* ¡No, no quiero verlo! ¡Esto es para mí! ¡para mí, Dios mío! ¡Y estoy sola aquí con esto! *(Déjase caer en el sillón.)* ¡Detrás de mí! por detrás de mí… No me atrevo a volver la cabeza. ¡Perdón! ¡perdón! ¡Ay! esto no es sueño; ¡la realidad es! Ahí está eso detrás de las cortinas, que lo dice muy claro.

Ábrese la puerta del fondo, y sale Rodolfo.

Escena VI

Catalina. Rodolfo.

CATALINA.—*(Aparte.)* ¡Cielos! ¡Rodolfo!

RODOLFO.—*(Adelantándose.)* Sí, Catalina, yo soy. Un instante no más. Estás sola: ¡qué dicha…! Pero ¿por qué tan pálida? ¿Tienes algún motivo de sobresalto?

CATALINA.—Sobrados tengo. Eres muy imprudente en arrojarte a venir aquí de día.

RODOLFO.—Estaba muy zozobroso, y no he podido resistir más.

CATALINA.—¡Zozobroso! ¿de qué?

RODOLFO.—¡Oye, Catalina mía…! Muy feliz soy en verte tan sosegada.

CATALINA.—¿Cómo has entrado?

RODOLFO.—Con la llave que me diste anoche.

CATALINA.—Bien: lo que pregunto es, en el palacio.

RODOLFO.—Eso me tiene bastante inquieto. Ninguna dificultad hallé al entrar, y creo no me suceda lo mismo para la salida.

CATALINA.—¿Cómo?

RODOLFO.—El capitán de la guardia me advirtió a la puerta, que nadie podría salir hasta la noche.

CATALINA.—¡Nadie hasta la noche! *(Aparte.)* ¡Con que no es posible huir, Dios mío!

RODOLFO.—Todo el palacio está lleno de alguaciles: no hay una pieza sin ellos: parece esto una cárcel. Pude introducirme en la galería grande, y por allí he venido. Pero dime, ¿estás tú cierta de que no hay novedad?

CATALINA.—No; nada: vive tranquilo, Rodolfo mío: estamos como siempre. Ya puedes ver que no hay ninguna mudanza en este cuarto. Pero vete al momento, no venga el podestá.

RODOLFO.—Por eso no temas, Catalina. El podestá quedaba ahora en el puente Molino: yo le vi allí. Estaba hablando con algunas personas que le habían presentado. Pero ¡yo tengo un desasosiego! Me parece que todo tiene un aspecto tan triste: lo mismo en la ciudad que aquí. Patrullas de alabarderos y soldados venecianos recorren las calles. La iglesia de San Antonio está colgada de negro, y están cantando un oficio de difuntos. Por quién, todos lo ignoran: ¿lo sabes tú?

CATALINA.—No.

RODOLFO.—No he podido entrar en la iglesia. Las gentes están sobrecogidas, y todos hablan muy bajo. No lo dudes: alguna cosa extraordinaria está sucediendo. No sé lo que es; pero no es aquí; y esto me basta. ¡Amada mía! en esta soledad tú no sabes nada de lo que pasa.

CATALINA.—No.

RODOLFO.—Y también a nosotros ¿qué nos importa? Pero di, ¿te has repuesto del susto de anoche? ¡Qué lance! Todavía es y no puedo comprenderle. Ya estás libre de ese malvado esbirro, Catalina. No volverá a hacerte daño.

CATALINA.—¿Qué dices?

RODOLFO.—Que ya murió. Pero, Catalina, tú tienes algo: sí, alguna novedad ocurre. Estás muy triste: ¿por qué me lo ocultas? La verdad, ¿no te sucede nada? Porque primero acabarían con mi vida que tocar a la tuya.

CATALINA.—No, no hay nada. Te juro que nada me sucede. Solo que quisiera te marchases al instante. Me estremezco por ti.

RODOLFO.—¿Qué estabas haciendo cuando yo vine?

CATALINA.—Por Dios que te tranquilices, Rodolfo mío: no estoy triste: al contrario: me estaba recordando el romance que cantas tan bien. Mira si es verdad: ahí está todavía la guitarra.

RODOLFO.—Esta mañana te escribí una carta. Encontré a Reginela, a quien se la di. Espero que no la hayan interceptado: ¿la has recibido?

CATALINA.—Tanto la he recibido, que ahí la tienes. *(Enseñándosela.)*

RODOLFO.—La recibiste: me alegro. Cuando se escribe una carta no hay quietud hasta saber el recibo.

CATALINA.—¡Guardadas todas las puertas del palacio! ¡no poder salir nadie hasta la noche!

RODOLFO.—Nadie: te lo he dicho: esa es la orden.

CATALINA.—Pues bien, ya me has hablado, ya me has visto, ya estás tranquilo, ya ves que si en el pueblo hay alguna agitación, aquí todo está en el mayor sosiego: ahora márchate, Rodolfo mío; yo te lo pido. ¡Si el podestá viniese! Pronto, vete. Y ya que no puedes salir del palacio hasta la noche,

yo misma te pondré bien la capa: así: el sombrero en la cabeza; y cuando pases por delante de los esbirros, con mucha serenidad; como de costumbre, sin dar el menor indicio de afectación ni de cuidado. La mucha precaución suele vendernos. Y atiende, si te piden que escribas alguna cosa, como por casualidad; si algún esbirro, bajo cualquiera pretexto, te incitase a coger la pluma, guárdate muy bien, mira que es un lazo que te tienden, y no escribas ni una letra.

RODOLFO.—¿Y por qué me haces esa prevención?

CATALINA.—¿Por qué? Porque no quiero que nadie conozca tu letra. Ya sabes que las mujeres tenemos presentimientos, aprensiones; y esta es una que yo tengo ahora. Te agradezco que hayas venido; que hayas entrado; que hayas estado aquí: ¡he tenido el placer de verte! Ya ves que estoy tranquila, alegre, contenta; que aquí están mi guitarra y tu carta: con que, marcha al instante. Quiero que te vayas. Oye solo una palabra.

RODOLFO.—¿Qué quieres?

CATALINA.—Ya sabes, Rodolfo, que jamás te concedí favor alguno contra mi virtud: tú lo sabes.

RODOLFO.—¿Y por qué me lo dices?

CATALINA.—Porque yo soy quien te va a pedir hoy uno. Dame un abrazo.

RODOLFO.—*(Abrazándola.)* ¡Esta es una felicidad venida del cielo!

CATALINA.—Sus puertas parece que se abren.

RODOLFO.—¡Qué inmensa felicidad!

CATALINA.—¿Eres feliz?

RODOLFO.—Sí.

CATALINA.—Pues vete ahora, Rodolfo mío.

RODOLFO.—¡Gracias!

CATALINA.—¡Adiós! ¡Rodolfo! *(Ya en la puerta, Rodolfo se detiene.)* ¡Yo te amo! *(Vase Rodolfo.)*

Escena VII

Catalina, solo.

CATALINA.—¡Huir con él! Lo pensé un momento; pero es imposible, y además le perdería inútilmente. ¡Dios mío! ¡que nada le suceda! ¡que los esbirros no le detengan! ¡que logre salir a la noche! Sí lo logrará, que no hay razón para que recaiga en él ninguna sospecha. ¡Sálvale tú, Dios mío! *(Pónese a escuchar a la puerta del corredor.)* Todavía oigo sus pasos: nadie le detiene. Nada más quiero: no corra riesgo mi Rodolfo, y basta. *(Ábrese la puerta grande.)* ¡Cielos!

Salen Angelo y Tisbe.

Escena VIII

Catalina. Angelo. La Tisbe.

CATALINA.—*(Aparte.)* ¿Qué mujer es esta? ¡Es la de anoche!

ANGELO.—¿Habéis meditado ya, señora?

CATALINA.—Sí señor.

ANGELO.—O morir, o descubrir quién es el hombre que escribió la carta. ¿Estáis dispuesta a decirme quién es, señora?

CATALINA.—Ni un solo momento he pensado en ello, señor.

LA TISBE.—*(Aparte.)* Catalina es una mujer noble y valiente.

ANGELO.—*(Hace señas a Tisbe, y esta le da una redomita de plata, que él pone sobre la mesa.)* Entonces os beberéis eso.

CATALINA.—¿Es un veneno?

ANGELO.—Sí señora.

CATALINA.—¡Oh Dios mío! llegará el día en que juzgues a este hombre; perdónalo, yo te lo pido.

ANGELO.—Señora, el proveditor Urseolo, un Bragadini, un abuelo vuestro, hizo morir a Marcela Galbai, su mujer, del mismo modo, y por el mismo delito.

CATALINA.—Hablemos sin rodeos. No tratamos ahora de los Bragadini, sino de vos, que sois un infame, que con la mayor frialdad venís a presentarme un veneno. ¡Delincuente! No lo soy, y mucho menos como vos pensáis. Ni me abatiré hasta justificarme, ni vos, acostumbrado a mentir, me creeríais tampoco. Os desprecio, como merecéis. Os casasteis conmigo por mi dinero; porque era rica; porque pertenece a mi familia el derecho sobre el agua de las cisternas de Venecia. «Por aquí aseguro cien mil ducados de renta al año», dijisteis; «casémonos con esta mujer». ¿Y cuál ha sido mi vida en estos cinco años? decídmelo. No me amáis: tenéis celos de mí: me guardáis encerrada en una prisión: tenéis cuantas damas os acomodan: para vos todo es lícito. ¡Qué no lo es para los hombres! Conmigo siempre áspero; siempre taciturno, y nunca una palabra buena. Hablando continuamente de vuestros abuelos; de los duxes que ha habido en vuestra familia; y solo para humillar a la mía. ¡Y pensáis que este es el modo de hacer feliz a una mujer! ¡Ah! ¡solo quien haya padecido lo que yo puede saber cuál es la suerte de las mujeres! Pues bien, sabedlo: antes de conoceros amé a un hombre, y le amo todavía. Por esto queréis matarme; y si tenéis derecho para hacerlo, preciso es confesar que vivimos en un tiempo horrible. Para vos es una satisfacción; lo es el tener una carta, un pedazo de papel, un pretexto. Muy bien. Sois mi juez y mi verdugo. En las tinieblas; en secreto; con el veneno; ¡tenéis la fuerza! ¡Qué villanía! *(Dirigiéndose a la Tisbe.)* ¿Qué pensáis de este hombre, señora?

ANGELO.—Mirad lo que decís.

CATALINA.—*(A la Tisbe.)* ¿Y vos quién sois? ¿qué me queréis? ¡Noble conducta es la vuestra! Sois la dama de mi marido; os interesa acabar conmigo; me habéis hecho espiar; me habéis sorprendido en un inocente desliz; y me ponéis el pie en la cabeza. Ayudáis a mi marido en su proyecto abominable, y… ¿quién sabe? Quizá le habréis proporcionado también el veneno. *(A Angelo.)* ¿Qué pensáis, señor, de esta mujer?

ANGELO.—Señora…

CATALINA.—A la verdad que todos tres somos de un país execrable. Muy odiosa debe ser la república donde haya hombre que pueda oprimir impunemente a una mujer desdichada, como vos lo hacéis conmigo, y donde los demás hombres le digan, *has hecho bien*. Foscari hizo morir a su hija, Loredano a su mujer, Bragadini… ¡Puede haber cosa más infame! Sí, toda Venecia se encuentra ahora en este aposento: toda Venecia reasumida en vosotros dos: nada falta de ella. *(Señalando a Angelo.)* Venecia déspota, allí. *(Señalando a Tisbe.)* Venecia cortesana, aquí. *(A Tisbe.)* Y si creéis, señora, que avanzo mucho en lo que digo, tanto peor para vos: ¿por qué estáis aquí?

ANGELO.—*(Cogiéndola del brazo.)* Vamos, señora, acabemos pronto.

CATALINA.—*(Se acerca a la mesa donde está el pomo.)* Está bien. Voy a cumplir vuestra voluntad, *(Alarga la mano hacia el pomo.)* ya que es preciso. *(Retrocede.)* Pero no; ¡esto es horroroso! No quiero, ni puedo querer nunca. Señor, pensadlo más, ya que hay tiempo todavía; y pues tenéis tanto poder, meditadlo mejor. Una mujer, una mujer que se encuentra sola, abandonada, que no tiene fuerza, que no hay quien la defienda, que se ve aquí sin parientes, sin familia, sin amigos, sin nadie, ¡asesinarla! ¡envenenarla villanamente en un rincón de su casa! ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

LA TISBE.—¡Pobre mujer!

CATALINA.—¡Decís, pobre mujer, señora! Lo habéis dicho: lo he oído muy bien. No me digáis que no lo habéis dicho: tenéis compasión de mí, señora: sí, compadeceos: ya veis que me quieren asesinar. ¿Y tendríais vos alguna parte en esto? Ni es posible, ni yo lo creo. Escuchadme os diré lo que ha sido; os lo contaré todo; y después se lo diréis al podestá. Decidle que lo que hace conmigo es una cosa horrible; y aunque es muy natural que yo lo diga, tendrá más fuerza diciéndolo vos. Muchas veces basta una palabra de una persona extraña para que un hombre entre en razón. Si os ofendí antes, os pido que me lo perdonéis. Nunca he hecho nada malo, señora: nada malo: ni nunca falté a la virtud. Vos me entendéis, sí; lo conozco; pero no puedo decir esto a mi marido. Los hombres no quieren nunca creernos, bien lo sabéis; y eso que les decimos muchas veces la verdad. No me digáis que tenga valor: no me lo digáis. ¿Puedo estar yo obligada a tener valor? No me

avergüenzo de decir que soy una mujer muy débil, y a quien todos deben compadecer. Lloro porque tengo miedo a la muerte. No es culpa mía.

ANGELO.—Señora, que no puedo aguardar más tiempo.

CATALINA.—¡Ah! ¡no me interrumpáis! *(A Tisbe.)* Ya veis que me está interrumpiendo. Esto no es justo. Ha visto que os estaba diciendo cosas que debían conmoveros, y no quiere que hable, y me corta la palabra. *(A Angelo.)* Sois un monstruo.

ANGELO.—Ya esto es demasiado. Catalina Bragadini, el crimen cometido, pide un castigo; la sepultura abierta, un cadáver; y el marido ultrajado, a la mujer muerta. En balde son todas tus palabras. Lo juro por ese Dios que está en los cielos. *(Señalando al veneno.)* ¿Le tomáis, señora?

CATALINA.—No.

ANGELO.—¿No? Bien. Será mi primera idea. Las espadas. ¡Troilo! Que me traigan al instante… Yo mismo iré.

Sale violentamente por la puerta del fondo, que se oye cerrar con estrépito.

Escena IX

Catalina. La Tisbe.

LA TISBE.—Oídme, pronto: no tenemos más que un instante. Ya que sois la que él ama, solo se debe pensar en vos. Haced lo que os manda, porque de no, os perdéis: no puedo explicarme con más claridad, pues no estáis en vuestro juicio. Porque se me escapó la expresión de «pobre mujer», la repetisteis a gritos, como una loca, delante del podestá, a quien esto podía inspirar sospechas. Si os dijese algo, como os encontráis en un estado tan violento, cometeríais alguna imprudencia, y todo se perdería. Haced lo que os dicen, y bebed. Mirad que las espadas no perdonan: no resistáis. ¿Qué queréis que os diga? Sois la amada, y quiero que alguien me viva agradecido.

No comprendéis lo que os estoy diciendo; y sin embargo al decirlo se me despedaza el corazón.

CATALINA.—Señora…

LA TISBE.—Haced lo que os mandan: ninguna resistencia; ni una palabra. Sobre todo que vuestro marido no llegue a desconfiar de mí: ¿me entendéis? No me atrevo a deciros más por esa manía de hablarlo todo. Es verdad que hay en este cuarto una pobre mujer que debe morir; pero no sois vos. Todo está dicho.

CATALINA.—Haré lo que queráis, señora.

LA TISBE.—Bien. Ya oigo que vuelve. *(La Tisbe se va a la puerta del fondo en el momento en que se abre.)* ¡Solo, solo! Entrad solo.

Se ven algunos esbirros con espadas desnudas en la pieza inmediata. Sale Angelo, y ciérrase la puerta.

Escena X

Catalina. La Tisbe. Angelo.

LA TISBE.—Está conforme en tomar el veneno.

ANGELO.—*(A Catalina.)* Pues bien; al momento, señora.

CATALINA.—*(Tomando el pomo. A Tisbe.)* Yo sé que sois la querida de mi marido; y si vuestra idea fuese una traición, un deseo de perderme, la ambición de ocupar mi lugar, que haríais muy mal en apetecer, vuestra acción sería abominable, señora; y por duro que sea morir a los veinte y dos años, mejor lo quiero, que hacer yo lo que hacéis conmigo. *(Bebe.)*

LA TISBE.—*(Aparte.)* ¡Qué de palabras inútiles, Dios mío!

ANGELO.—*(Dirigiéndose a la puerta del fondo, y entreabriéndola.)* Marchaos.

CATALINA.—¡Ay! esta bebida me hiela la sangre. *(Mirando fijamente a Tisbe.)* ¡Señora! *(A Angelo.)* ¿Estáis ya contento? Sé que voy a morir; y ya no os temo: ahora sí os lo diré, a vos, que sois mi verdugo, como muy pronto lo diré a Dios: he amado a un hombre; pero está sin mancha mi virtud.

ANGELO.—No lo creo, señora.

LA TISBE.—*(Aparte.)* Yo sí lo creo.

CATALINA.—Me faltan las fuerzas… No, ese sillón, no. No me toquéis: ya os lo he dicho, sois un infame. *(Con andar vacilante se dirige a su oratorio.)* Quiero morir de rodillas, delante del altar que está allí: morir sola, con sosiego, sin que me vea ninguno de los dos. *(Llega a la puerta y se apoya en ella.)* Quiero morir pidiendo a Dios *(A Angelo.)* por vos, señor. *(Entra en su oratorio.)*

ANGELO.—¡Troilo! *(Sale un alguacil.)* Toma en mi papelera la llave de la sala secreta: ábrela, y los dos hombres que encontrarás allí, tráemelos sin hablarles una palabra. *(Vase el alguacil. A Tisbe.)* Ahora tengo que ir a examinar las personas detenidas. Luego que dé mis órdenes a los dos celadores de noche, que van a venir, quedará a vuestro cuidado el disponer todo lo demás. Tisbe, sobre todo el secreto.

Salen los dos celadores, y el alguacil que los introduce se retira.

Escena XI

Angelo. La Tisbe. Los dos celadores.

ANGELO.—*(A los celadores.)* Diferentes veces habéis sido empleados en la ejecución de las sentencias que se han verificado de noche en este palacio, y ya sabéis cuál es el panteón de los sepulcros.

UN CELADOR.—Sí, monseñor.

ANGELO.—¿Y sabéis vosotros si hay algún camino tan oculto que, por ejemplo, hoy que está esto lleno de soldados, podáis bajar a ese subterráneo,

entrar en él, y después salir de palacio sin ser vistos de nadie?

EL CELADOR.—Entraremos y saldremos sin que nadie nos vea, monseñor.

ANGELO.—Bien. *(Entreabre la puerta del oratorio. A los celadores.)* Ahí está una mujer muerta. Vais a llevarla secretamente al subterráneo: allí encontraréis una losa levantada, y una sepultura abierta: pondréis a la mujer en la sepultura, y a la losa en su lugar. ¿Oís?

EL CELADOR.—Sí, monseñor.

ANGELO.—Tenéis que pasar por mi cuarto. Voy a hacer salir la gente que está en él. *(A Tisbe.)* Cuidad de que todo se haga con secreto. *(Vase.)*

LA TISBE.—*(Sacando una bolsa. A los dos hombres.)* En esta bolsa hay doscientos cequíes de oro: son para vosotros, y mañana doble cantidad, si hacéis bien lo que voy a deciros.

EL CELADOR.—*(Tomando la bolsa.)* Ajuste hecho. ¿Qué tenemos que hacer?

LA TISBE.—Lo primero ir al subterráneo.

SEGUNDA PARTE

Un dormitorio, y en el fondo una cama con colgadura. A cada lado una puerta: la de la derecha disimulada. Mesas, muebles, sillones ocupados con máscaras, abanicos, estuches medio abiertos, y trajes de teatro.

Escena primera

La Tisbe. Los dos celadores. Un paje negro. Catalina, envuelta en una sábana y puesta en la cama, viéndosela sobre el pecho el crucifijo de metal.

La Tisbe toma un espejo, lo aplica al rostro de Catalina, de modo que se vea su palidez.

LA TISBE.—*(Al paje negro.)* Acércate con esa luz. *(Pone el espejo delante de la cara de Catalina.)* Ya estoy tranquila. *(Corre las cortinas de la cama. A los celadores.)* ¿Estáis seguros de que nadie os ha visto en el camino de palacio aquí?

UN CELADOR.—La noche estaba oscurísima, y la ciudad desierta a estas horas. Bien podéis creer que no hemos encontrado a nadie, señora. Vos misma nos visteis poner la caja en la sepultura, y taparla con la losa. No temáis nada. Nosotros no sabemos si esa mujer está muerta; pero lo cierto es que para todo el mundo descansa en el sepulcro. Podéis hacer de ella lo que más os acomode.

LA TISBE.—Está bien. *(Al paje negro.)* ¿Dónde están los vestidos de hombre que te mandé disponer?

EL PAJE.—*(Señalando un envoltorio que está a lo lejos.)* Allí están, señora.

LA TISBE.—Y los caballos que te encargué, ¿están ya en el patio?

EL PAJE.—Con las sillas y las bridas puestas.

LA TISBE.—Y los caballos, ¿son buenos?

EL PAJE.—Yo respondo, señora.

LA TISBE.—Muy bien. *(A los celadores.)* Decidme: ¿qué tiempo se necesita, con buenos caballos, para salir del territorio de Venecia?

UN CELADOR.—Conforme. Si es por lo más corto, dirigiéndose a Montebacco, que es dominio del Papa, con tres horas basta: es muy buen camino.

LA TISBE.—Bueno: marchaos ya. Cuidado con el secreto, y venid mañana temprano a recibir el premio ofrecido. *(Vanse los celadores. Al paje.)* Tú, ve, y cierra la puerta de la calle; y sea quien fuere, no me dejes entrar a nadie.

EL PAJE.—¿Y cierro también la otra puerta por donde no entra más que el señor Rodolfo?

LA TISBE.—Esa no, déjala como está; y si viene, no pongas dificultad en que entre. Pero él solo; y no nadie que le acompañe. Vuelvo a encargarte que a nadie de este mundo, sea el que fuere, me le permitas entrar aquí; y sobre todo, si Rodolfo viniere. Ni tú mismo has de entrar, como yo no te llame. Ahora vete. *(Vase el paje.)*

Escena II

La Tisbe. Catalina, en la cama.

LA TISBE.—Me parece que dentro de poco deberá volver en sí. Ella no quería morir: ya lo entiendo: sabía que era amada. De lo contrario, más bien que vivir sin su amor *(Mirando hacia la cama.)* ¡ah! te hubiera parecido dulce la muerte: ¿no es verdad? La cabeza se me parte: llevo tres noches sin dormir. Anteayer la función: ayer la cita donde sorprendí a ambos: hoy… esta noche próxima sí que dormiré. *(Dando una mirada a las ropas de teatro esparcidas por los sillones.)* ¡Qué desgraciada es nuestra condición! Nos aplauden en el teatro: ¡qué bien habéis hecho el papel de Rosmonda, señora! ¡Necios! Sí, nos admiran, nos llaman bellas, nos hartan de incienso; y entre tanto tenemos el corazón vacío. ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! Creer en su amor, era una idea necesaria a mi vida. Todo el tiempo que lo he creído, he pensado muchas veces que si llegaba a morir querría espirar a su lado: morir de tal modo, que después le fuera imposible arrancar mi memoria de su pecho; que mi sombra estuviese siempre junto a él, interpuesta entre él y todas las demás mujeres. La muerte es nada: el olvido sí que es todo. No quiero que me olvide. ¡Ay! ¡a qué estado he venido a parar! ¡hasta dónde ha lle-

gado mi desdicha! Esto es lo que el mundo ha hecho para mí, y lo que de mí ha hecho el amor. *(Se encamina a la cama, descorre las cortinas, mira un rato a Catalina, que permanece inmóvil, y toma el crucifijo.)* Si este crucifijo ha causado la felicidad de alguien en este mundo, no ha sido la de tu hija, madre mía.

Pone el crucifijo sobre la mesa: ábrese la puerta disimulada, y sale Rodolfo.

Escena III

La Tisbe. Rodolfo. Catalina, en la cama con las cortinas echadas.

LA TISBE.—¿Sois vos, Rodolfo? Mucho me alegro: cabalmente tenía que hablaros. Prestadme atención.

RODOLFO.—Y yo también tengo que hablaros, y os pido la vuestra, señora.

LA TISBE.—Rodolfo…

RODOLFO.—¿Estáis sola?

LA TISBE.—Sola.

RODOLFO.—Dad orden de que nadie entre.

LA TISBE.—Ya está dada.

RODOLFO.—Dejadme que cierre estas dos puertas. *(Echa los pasadores.)*

LA TISBE.—Ya escucho lo que queráis decirme.

RODOLFO.—¿De dónde venís? ¿Por qué estáis pálida? ¿Qué habéis hecho hoy? Esas manos ¿qué es lo que han hecho? ¿Dónde habéis pasado las execrables horas de este día? Decidlo. Pero no, no me lo digáis, yo os lo diré. No respondáis: no neguéis, no inventéis, no mintáis. Lo sé: todo lo sé:

lo sé muy bien. Dafne estaba allí, a dos pasos de distancia, separada tan solo por una puerta, en el oratorio: todo lo vio Dafne, todo lo oyó, como que estaba allí, muy cerca, tan cerca que oía y veía. No perdió ni una sola palabra vuestra: el podestá decía: «no tengo veneno»; y vos dijisteis: «yo sí, le tengo, le tengo yo». ¿Dijisteis esto? ¿sí o no? Veamos cómo mentís ahora. ¡Ah! vos tenéis veneno: pues bien, yo tengo un puñal. *(Saca un puñal del pecho.)*

LA TISBE.—¡Rodolfo…!

RODOLFO.—Tenéis un cuarto de hora para disponeros a morir.

LA TISBE.—¿Me queréis matar? ¿es esta la primera idea que os ocurre? ¿me queréis matar? ¿aquí? ¿vos mismo? ¿en este momento? ¿sin aguardar a nada? ¿sin tener seguridad de nada? ¿Y os arrojáis tan fácilmente a tomar una resolución semejante? ¿Es esto todo lo que yo os debo? ¡Me matáis porque amáis a otra! ¡Oh Rodolfo! Esto es lo cierto: decídmelo con vuestra misma boca; decidme que nunca me habéis amado.

RODOLFO.—Nunca.

LA TISBE.—Esa palabra es la que me mata, no tu puñal, desventurado.

RODOLFO.—¡Yo amaros! ¡yo! Ni os amo, ni os amé nunca: puedo decirlo con jactancia. Cuando más, os he tenido lástima.

LA TISBE.—¡Ingrato! Dime otra palabra no más. Y a ella ¿la amabas?

RODOLFO.—¡A ella! ¡si la amaba a ella! Oíd, ya que os sirve de suplicio, desdichada. ¡Si la amaba! Una cosa pura, santa, casta, sagrada; una mujer que era un altar, mi vida, mi sangre, mi tesoro, mi consuelo, mi pensamiento, la luz de mis ojos: como todo esto la amaba.

LA TISBE.—Entonces he hecho bien.

RODOLFO.—¿Qué hicisteis bien?

LA TISBE.—Sí, bien hice. ¿Sabes tú siquiera lo que yo he hecho?

RODOLFO.—¿Si lo sé? Esta es la segunda vez que me lo preguntáis; pero allí estaba Dafne, repito; que Dafne estaba allí, que ella me lo ha contado, y que sus palabras están todavía resonando en mis oídos. —«Señor, señor: —no había más que los tres en este cuarto: ella, el podestá y otra mujer, una horrible mujer que el podestá llamaba Tisbe. Señor, dos horas largas, dos horas de agonía y de compasión tuvieron aquí a la infeliz llorando,

rogando, suplicando, pidiendo perdón, pidiendo la vida». —¡Tú pedías la vida! —«De rodillas, las manos cruzadas, echándose a sus pies, y ellos decían: *no*. Y el veneno, esa mujer Tisbe fue a buscarle, y ella fue quien obligó a beberle a la señora. Y el cadáver de la sin ventura ella se lo llevó, esa mujer, ese monstruo, la Tisbe». —¿Dónde le habéis puesto, señora? —Esto es lo que ha hecho la Tisbe. Preguntadme si lo sé, si estoy seguro. *(Sacando un pañuelo del pecho.)* Este pañuelo, que he encontrado en el cuarto de Catalina, ¿de quién es? Vuestro. *(Señalando el crucifijo.)* Este crucifijo que encuentro aquí, ¿de quién es? De ella. —¡Si estoy seguro! Vamos: rezad, llorad, gritad, pedid misericordia, haced muy pronto lo que tengáis que hacer, y concluyamos.

LA TISBE.—¡Rodolfo!

RODOLFO.—¿Podéis decir algo para justificaros? Pronto, que sea pronto, en el momento.

LA TISBE.—Nada, Rodolfo: cuanto te han dicho es la verdad: créelo todo. Llegas a buen tiempo; deseaba morir, y buscaba un medio de hacerlo cerca de ti, a tus pies. ¡Morir por tu mano! ¡ah! esto es más de lo que yo me atreviera a apetecer. ¡Morir por tu mano, y caer quizá entre tus brazos! Yo te doy las gracias. Sé a lo menos que oirás mis últimas palabras, y aunque no quieras, habrás de recibir mi último aliento. Ya ves que no tengo ningún empeño en vivir: tú no me amas, mátame. Esta es la única cosa que ya puedes hacer por mí, Rodolfo mío. Tú quieres complacerme, yo lo admito, y te lo agradezco.

RODOLFO.—Señora…

LA TISBE.—Escúchame todavía lo que tengo que decirte. Siempre fui muy digna de lástima: no son palabras estas que salen solo de mi boca; rebosan de mi pobre corazón despedazado. En el mundo se nos compadece muy poco, y se equivocan; porque muy raras veces se sabe hasta dónde llega nuestro valor y nuestra virtud. ¿Te parece que puedo yo tener mucho apego a la vida? Hazte cargo que de niña pedí limosna, y que de diez y seis años no tenía pan que comer. Los señores poderosos me recogían en la calle; y desde un cieno fui a caer en otro cieno. Yo sé que se dice fácilmente: *morir de hambre primero*; pero yo sé también lo que he padecido. La compasión se guarda para las damas nobles. Si lloran, se las consuela: si obran mal, se las disculpa; y sin embargo ellas se quejan. Para nosotras todo es

mucho, y siempre se nos desprecia. La pobre, la mujer infeliz ni interesa, ni se la cree con derecho para quejarse. Todos le tienen en contra de ella. — Rodolfo, en mi situación ya debes conocer que necesitaba un corazón que pudiera entenderse con el mío. Y si no tengo un hombre que me ame, ¿qué quieres que sea de mí? No digo esto por enternecerte: ¿de qué me serviría? Para mí todo se acabó ya. Pero te amo: hasta qué punto te ha amado esta desgraciada mujer, que te está hablando, no lo sabrás, Rodolfo, sino después de mi muerte, cuando ya no exista. Seis meses ha que te conocí; seis meses que tus miradas son mi delicia, tu sonrisa mis placeres, tu aliento mi existencia. Pues bien, sabe que en estos seis meses no he tenido ni un solo instante la idea, la idea necesaria para mi vida, de que tú me amabas. No ignoras que te fastidiaba siempre con mis celos, que tenía mil indicios que me agitaban: ahora todo es certidumbre, y no por eso dejo de quererte. La culpa no es tuya: sé que llevas siete años de amar a esa mujer: yo era para ti una distracción, un pasatiempo: es natural, y tampoco dejo de quererte. Pero ¿qué quieres que haga? Vivir sin tu amor, no me es posible; y ahora estoy viendo que ni escucharme quieres. ¡En este momento en que nadie que me oyese podría negarme su compasión!

RODOLFO.—¡Si estoy cierto! El podestá fue a buscar cuatro esbirros, y en este tiempo la dijisteis cosas terribles, que la hicieron tomar el veneno. Señora, mi razón se trastorna. ¿Dónde está Catalina? responded. ¿Es verdad que la habéis envenenado? ¿dónde está? decid, ¿dónde está? ¿Sabéis que es la única mujer que yo he amado? la única, ¿lo oís? la sola.

LA TISBE.—¡La sola! ¡la única! ¡oh! es crueldad darme tantas puñaladas. Por piedad *(Señalando el puñal.)* dame pronto la última con ese que tienes en la mano.

RODOLFO.—¿Dónde está Catalina? la única que he amado, la única.

LA TISBE.—No tienes piedad: me despedazas el corazón. Pues bien, sí, odio a esa mujer, óyelo, la aborrezco. Sí: te han dicho la verdad: me vengué, la envenené, la maté.

RODOLFO.—¿Y me lo decís a mí? Vos misma acabáis de decírmelo, y aun creo que con jactancia.

LA TISBE.—Sí, y lo que he hecho, volvería a hacerlo. Hiere.

RODOLFO.—*(Con aire terrible.)* Señora.

LA TISBE.—Yo la maté, te digo; mátame tú.

RODOLFO.—¡Miserable! *(La hiere.)*

LA TISBE.—*(Cae.)* En el corazón; me has dado en el corazón. Has hecho bien. —Rodolfo mío, tu mano. *(Se la coge y la besa.)* Gracias. Me has sacado de padecer. Déjame esta mano; no quiero hacerte mal ninguno. Mi amado Rodolfo, tú no te veías cuando entraste aquí; pero al oír el modo con que me dijiste «no tenéis más que un cuarto de hora»: levantando tu puñal, ya no me era posible vivir. Y pues voy a espirar, sé indulgente conmigo. Dime una palabra de compasión, y no dudes que harás un bien.

RODOLFO.—Señora…

LA TISBE.—¡Una palabra de compasión! ¿No quieres?

CATALINA.—*(Desde la cama con las cortinas corridas.)* ¿Dónde estoy?

RODOLFO.—¡Qué oigo! ¡qué voz es esta! *(Se vuelve y ve la figura blanca de Catalina, que ha entreabierto las cortinas.)*

CATALINA.—¡Rodolfo!

RODOLFO.—*(Se dirige a ella y la saca en sus brazos.)* ¡Catalina! ¡Dios mío! ¡Tú estás aquí! ¡viva! ¡cómo es esto! *(Volviéndose a la Tisbe.)* ¡Ah, qué es lo que he hecho yo!

LA TISBE.—*(Arrastrándose hacia él y con sonrisa.)* Nada: tú no has hecho nada: yo lo hice todo. Quería morir, y empujé tu mano.

RODOLFO.—¡Catalina! ¡tú vives! ¿quién te ha salvado?

LA TISBE.—Yo, para ti.

RODOLFO.—¡Tisbe! Socorrámosla. ¡Desdichado de mí!

LA TISBE.—No, es inútil cualquiera socorro: lo conozco, y te lo agradezco. Entrégate a tu gozo, como si yo no estuviese presente, que no quiero molestarte, pues discurro todo tu contento. Engañé al podestá: la di un narcótico en lugar del veneno: todos la creyeron muerta, cuando solo estaba aletargada. Ahí tenéis caballos listos; vestidos de hombre para ella: marchad al instante. Tres horas bastan para salir del estado de Venecia. Sed felices. El lazo que la ligaba está ya desatado: murió para el podestá, y vive para ti. ¿Te parece que está mal dispuesto?

RODOLFO.—¡Catalina…! ¡Tisbe…! *(Se arrodilla fijando la vista en la Tisbe espirante.)*

LA TISBE.—*(Con voz cada vez más apagada.)* Voy a morir. Tú pensarás algunas veces en mí, y dirás: «era una buena mujer la pobre Tisbe»; y yo me regocijaré, si puedo oírlo en el sepulcro. Adiós. —Señora, permitidme que le diga otra vez, ¡Rodolfo mío! —Adiós, mi Rodolfo. —Partid al momento. —Me muero. —Vivid. —Yo te bendigo. *(Espira.)*

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima de *Angelo, tyran de Padoue* publicada en Madrid por la Imprenta de Repullés en 1835, el mismo año del estreno del drama en el Théâtre-Français de París (28 de abril de 1835), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive (Universidad de Illinois). Se incluye el prefacio del autor.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. Las acotaciones, que el impreso compone en cursiva sin paréntesis, se presentan entre paréntesis cuando van dentro de las réplicas. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web